

«PORQUE QUIERO, PUEDO Y NO ME DA MIEDO»

**PORQUE SÍ**

Daniel E. Ronderos López

ISBN 958-12-3456-X



9 789581 234561

**PORQUE  
SÍ**

Daniel E. Ronderos López

El aire parece no estar. No hay suficiente como para inundar mis pulmones. Es agobiante la manera en que intento respirar desesperada e intermitentemente. Recuerdo el texto de la advertencia fundamental escrito en un cartel pegado en la puerta de salida: “A partir de este punto, la luna no es apta para la vida humana. ¡No hay oxígeno! ¡No hay atmósfera! No se permite el paso a humanos.”

“Lunáticos únicamente.”

Ahora me arrepiento de haber cruzado el umbral. Debo despedirme y dejar tan sólo las palabras que son elocuentes para mí.

**PORQUE**

**SI**

**Daniel E. Ronderos Lopez**

## **PORQUE SÍ**

Copyright © 2015 Daniel E. Ronderos López  
Todos los derechos reservados

© Edición Daniel E. Ronderos López © Ana María González Londoño © Laura Ortega Acosta

© Fotografías Daniel E. Ronderos López

© Ilustraciones Carlos Andrés López López © Alicia Victoria Bello Durán

Diseño y composición:  
Ana María González Londoño  
Laura Ortega Acosta

Primera edición: Marzo, 2015

Impreso en Colombia, Bogotá D.C

**PORQUE SÍ**



# ¿POR QUÉ SÍ?

*«Porque quiero, puedo y no me da miedo».*



Creo profundamente que la mejor razón es que no exista una. Que los actos humanos sean simplemente la consecución de sus ideas, de sus sueños, de sus principios, de sus deseos y sus sentimientos. Porque estas son las cosas las que motivan la danza, la música y el amor. Porque creo en la improbabilidad del raciocinio de aquellos que mueven su cuerpo cuando escuchan una melodía contagiosa, o de los que actúan sin pensar cuando se pierden al ver a la mujer que los enloquece, y sobre todo, de los que crean obras arte, imaginando por completo momentos efímeros, parajes fantásticos y mundos paralelos que se configuran con total desdén y antojo.

Entonces, para quien lea esto, debo ser honesto y enunciar clara y conscientemente que las palabras que aparecen a continuación no tienen una razón coherente para quien busque su propósito. Son la manifestación de mis ideas, de mis sueños, de mis pasiones. Buscan quizás entretener a alguien más que al autor, pero nada más. No buscan trascender ni ser recordadas. No pretenden constituir un mani-fiesto y por consiguiente, se desprenden de cualquier responsabilidad con el lector. Son palabras, frases y párrafos escritos para mi beneficio y diversión. Existen solo porque sí.



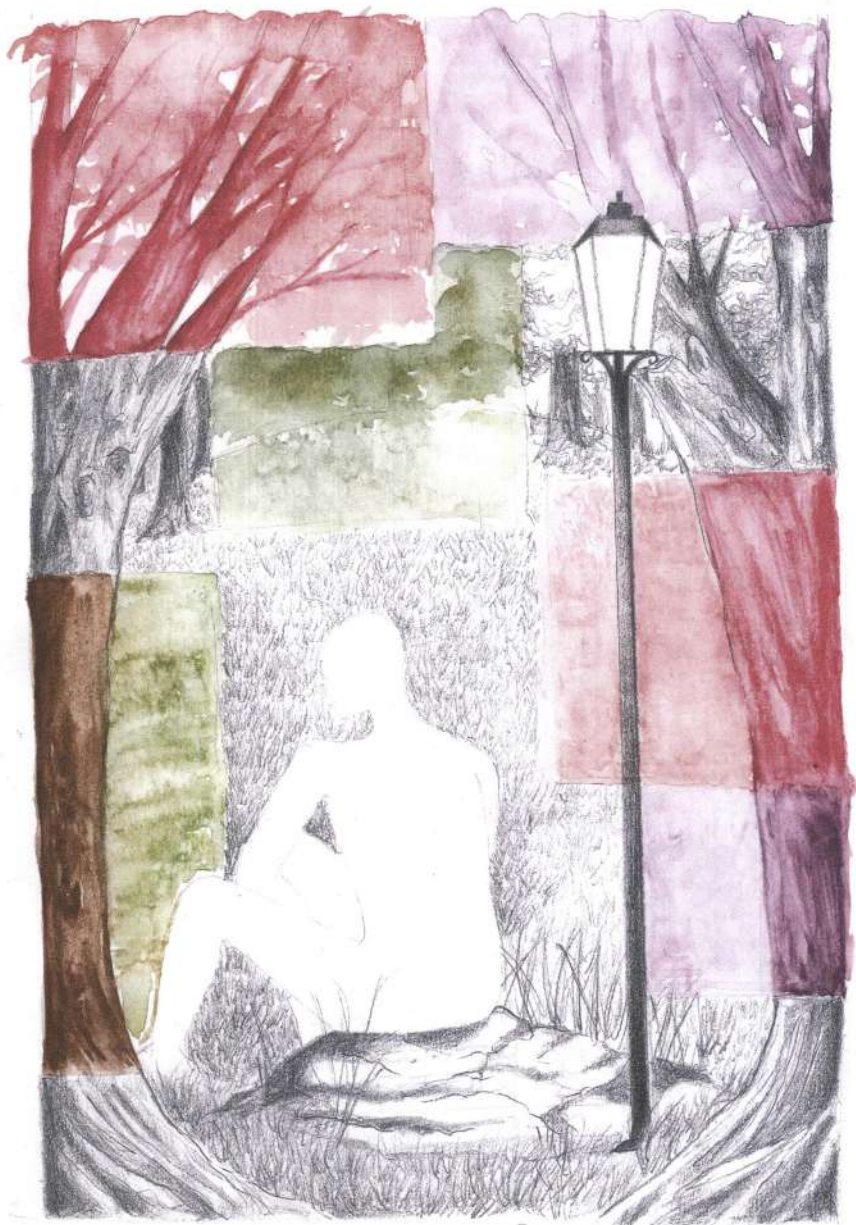


## LA IDEA DE PENSAR EN ALGO

Recuerdo vagamente que la luz del sol ingresaba en un ángulo agudo por la ventana. Marcaba sobre el piso una sombra larga y definida, producto del trazo que el marco de aluminio hace sobre la superficie acristalada. Hacía bastante calor. Era una situación que, con el pasar del tiempo, se tornaba cada vez más incómoda. Caminar, hacía que los listones de cedro se rozaran entre sí y produjeran un crujido angustiante. Respirar resultaba incómodo porque el aire empezaba a perder su levedad, y pensar observando el vacío era imposible, ya que los muros parecían como si fuesen a rendirse ante las presentes condiciones ambientales. Fue por eso que decidí tomar mis cosas y salir a caminar un rato.

Caminaba sin un rumbo fijo y sin dirección específica. Deambulé por algo más de una hora hasta que encontré un parque. Busqué un lugar con suficiente pasto y sombra, como para sentarme a escribir un rato. Saqué una pluma y un cuaderno de hojas blancas de la maleta que traía conmigo. Posé la pluma sobre el papel y empecé a dibujar líneas que se contorneaban dejando un espacio de dos milímetros, aproximadamente, entre sí. Era claro que no se me ocurría nada remotamente interesante para plasmar sobre el papel. Fue por eso, que con el pasar de algunos minutos, la página se encontraba completamente llena de líneas, al punto de que no había espacio para nada más. Al dar vuelta a la hoja y ver la siguiente vacía, me percaté de que en mi mente no había una sola idea: estaba en blanco.

De repente, un destello apareció ante mis ojos y todo se tornó oscuro. Dejé de escuchar los sonidos del mundo a mí alrededor. Hubo silencio y oscuridad. Lo primero que pensé fue que esta condición



podía atribuirse a algún tipo de golpe. Pudo haber sido que un balón o un frisbee me hubiese golpeado lo suficientemente fuerte como para dejarme inconsciente. Pensé que era factible, estaba en un parque donde la gente juega con frisbees y balones. También se me ocurrió que el calor, junto con la extensa caminata que había realizado previamente, habían causado una intensa deshidratación y por consiguiente, la pérdida de la conciencia. Pero ninguna de estas teorías era probable, ya que no estaba inconsciente. Lo supe por la simple noción de estar pensando cosas, teniendo ideas. Y eso fue lo que sucedió en realidad. Había sido una idea, no un balón o la deshidratación. La razón por la cual no veía luego de haber visto un destello, se debía a que una idea me había golpeado de repente.

Lo entendí porque luego de la oscuridad y el silencio, se materializó una escena. La imagen asaltó la parte de atrás de mi mente. Lo sé porque lo sentí. Subió rápidamente por el espinazo, como un pequeño roedor que trepa una rama, y jaló la corteza posterior del cerebro. La estiró como un caucho y la liberó súbitamente, produciendo un chasquido. De ese sonido, de manera onomatopéyica, se desprendió una escena que mi padre solía describir cada vez que no podía dormir.

Tomaba lugar dentro de una esfera completamente transparente. Decía que se encontraba en su interior vestido completamente de blanco: zapatos blancos, medias blancas, overol blanco y una capucha blanca. En su mano sostenía un rodillo empapado de pintura del mismo color. El propósito era pintar, por completo, la superficie esférica transparente desde su interior. Esta escena, él la consideraba útil para poner la mente en blanco y poder conciliar el sueño tranquilamente. Una especie de terapia auto-inducida para lograr «higiene del sueño». Decía que lo había leído en uno de los tantos libros sobre salud y deporte a los cuales le gusta hacer referencia.

En realidad, nunca lo intenté. Francamente olvidé aplicar esta pseudoterapia durante mis noches de insomnio. Claro que en ese momento no fue que aplicara la técnica, sino que simplemente recordé que existía, en el momento exacto en que mi mente se encontraba en blanco y no podía lograr hilar dos palabras coherentemente. Esa situación me hizo pensar no solo en la ironía del asunto, sino también en su literalidad. En la osadía y crueldad de mi subconsciente, al poner en claro que ni siquiera era capaz de recrear memorias con contenido, y al mismo tiempo, en la imposibilidad que plantea pintar desde el interior una esfera de cristal.

Pero esa imposibilidad dejó de ser constante cuando me di cuenta de que la escena de la esfera no solo era producto de la imaginación, sino una manifestación física de la misma, porque al mirar a mi alrededor, me di cuenta que decenas de personas me observaban a través de una superficie transparente mientras yo trataba de pintarla de blanco del otro lado. Todos murmuraban y parecían estar esperando que hiciera algún tipo de gracia. Pensé en ese momento que esperaban un espectáculo por parte del «niño burbuja» o algo por el estilo. Pero en mi mente y en mi estómago solo aparecían la idea y el deseo de escapar lo más rápido posible. Así que con ambos brazos y ambas piernas empecé a empujar la esfera desde adentro para hacerla rodar. Las personas a mí alrededor se apartaban pensando que todo esto era parte del espectáculo, pero cuando se dieron cuenta de que estaba tratando de escapar, empezaron a seguirme. Claro que su interés por este suceso duró poco, ya que cuando alcancé a estar a cierta distancia, simplemente desistieron y siguieron con sus vidas como si nada hubiera sucedido.

Rodé por unos cuantos minutos más, hasta que me di cuenta que la esfera transparente que estaba a medio pintar de blanco en su interior carecía de una puerta o mecanismo de apertura. Me di cuenta

que, de seguir dentro de la esfera, inevitablemente moriría de asfixia. Así que con cierto desdén por mi integridad física, decidí arremeter contra un poste de luz que se encontraba a unos cuantos metros de distancia. Al chocar directamente contra el poste, la esfera se quebró en miles de pequeños trozos de vidrio que, al atomizarse y reflejar la luz del sol, dibujaron una especie de escena caleidoscópica sobre el asfalto a mi alrededor. Por suerte, ninguno de los trozos de vidrio cayó sobre mí. Permanecí de pie e inmóvil, disfrutando del espectáculo de luces que mi mente en blanco había propiciado.

En ese momento me percaté de la razón por la cual mi mente se encontraba en blanco. Me di cuenta estaba vacía, porque todas las ideas que debían ocurrir en su interior se estaban convirtiendo en sucesos de la realidad. Eventos físicos, restringidos por las leyes invariables de la gravedad, dinámica, estática, presión atmosférica, principio de Arquímedes, etc., y que por consiguiente, debía operar con cautela a la hora de utilizar mi imaginación. Entendí que mis ideas debían, por lo menos hasta que aprendiera a manejarlas, ser sencillas.

Fue por eso que lo primero que se me ocurrió fue un cubo azul. Un sólido platónico. Un volumen sencillo descrito por seis caras y doce aristas. Estaba hecho de una madera aglomerada cubierta de una pintura azul, plástica, brillante y antiadherente. Apareció simplemente sobre el andén sobre el cual caminaba. No era muy grande, era lo suficientemente alto y ancho como para sentarme en él. A medida que seguía caminando, pensé en otros sólidos platónicos. Imaginé una pirámide amarilla, un cilindro magenta y un cono cian. Todos de distinto tamaño, pero de proporciones adecuadas.

Debo admitir que era una escena bastante particular, ya que todos los transeúntes que pasaban cerca de mí observaban cómo, a medida que avanzaba sobre la acera, sucesivos chasquidos, provenientes de las parte de atrás de mi cerebro, producían de la nada

volúmenes platónicos que simplemente caían y permanecían sobre el concreto. Escuchaba murmullos a mi alrededor. Imagino que se asombraban y cuestionaban la naturalidad de este suceso.

Pero los murmullos se detuvieron cuando se convirtieron en suspiros, carcajadas y señalamientos. Acciones no dirigidas hacia mí o hacia alguno de los sólidos platónicos que se desprendían de mi subconsciente, sino hacia un hombre que había tomado el cono cian, lo había puesto bajo su hombro y se había echado a correr. Pasó justo a mi lado, casi rozando mi hombro. A medida que lo veía huir con mi cono, caí en cuenta que aquel hombre me había robado una idea. Pensé de nuevo en la literalidad de la situación y en la inevitabilidad que planteaba el hurto de una idea manifiesta, así como en la impotencia que se tiene cuando esto sucede, ya que, al igual que cuando a alguien le roban una idea, de manera figurativa, no hay nada que se pueda hacer, salvo reclamar su autoría.

Y eso fue lo que hice precisamente. Señalando al ladrón, grité ampliamente que me había robado; indiqué que el cono cian que llevaba bajo su hombro era mío porque había sido idea mía. Las personas a mi alrededor me observaban, pero se mantenían inmóviles, restaban cada vez más importancia a lo que había sucedido, al punto de seguir su camino, sin siquiera preguntarme si me encontraba bien.

De hecho, lo estaba. Con el paso de algunos minutos, el hurto de mi cono cian perdió toda preponderancia, ya que al llegar a la puerta de mi casa recordé lo que había pasado ese día y el increíble poder que poseía. También me di cuenta que en el caso de ser víctima del hurto de una de mis ideas, la solución era sencilla: solo debía formular otra que fuera igual o mejor.

Esa noche, luego de abrir la puerta, pensé en algo delicioso para comer y luego comerlo, lavarme los dientes, ponerme la pijama y meterme entre las cobijas, y pensé que mis sueños se podían hacer

realidad. Lo único que debía hacer era visualizarlos. Podría finalmente alcanzar todo aquello que siempre había deseado. En ese momento no se me ocurrió nada específico; simplemente cerré los ojos, posé cómodamente la cabeza sobre la almohada y concilié el sueño.

Casi al final de esa noche, sentí que algo se posaba sobre mi pecho. No era precisamente pesado o incómodo; simplemente era ajeno. Era como si una especie de masa de forma cilíndrica y alargada se hubiera puesto allí inadvertidamente. Al principio pensé que se trataba del usual letargo que se tiene cuando se despierta de repente en la madrugada, pero al mirar con mayor detenimiento y recobrar algo de conciencia, me di cuenta que la masa cilíndrica y alargada era un brazo. Para ser más específico, el brazo de una mujer; una mujer que no conocía, pero que había visto antes.

No era alguien que fuese famosa y apareciera en televisión o en portadas de revistas, no era la prima de un amigo de mi primo; tampoco una vecina. Tenía el pelo negro y largo. Su piel era blanca. Era alta y delgada. Sus piernas eran perfectas. No era muy voluptuosa; se puede decir que tenía las proporciones adecuadas en los lugares indicados. Estaba completamente desnuda y descansaba pacíficamente sobre mi cama, como si hubiésemos pasado la noche juntos; de alguna manera lo hicimos o, más bien, lo hacíamos con frecuencia. Cuando finalmente la reconocí, me di cuenta de que a mi lado estaba acostada la mujer de mis sueños.

Mi reacción inmediata a su presencia fue la de levantarme de la cama cautelosamente para observarla detenidamente. Mientras analizaba con cuidado cada una de sus curvas, la manera como estrechaba las sábanas entre sus piernas y la forma en que sus labios se posaban delicadamente sobre las almohadas, me di cuenta de que no sabía nada sobre esta mujer; que a pesar de ser la mujer soñada, no tenía ni idea cómo era el sonido de su voz, sus preferencias, creencias



o deseos. Debo admitir que mi subconsciente, en esos rubros, no fue muy detallado, ya que en la mayoría de los sueños protagonizados por ella no había mucha ropa y no se discutía precisamente con palabras.

Fue entonces cuando se me ocurrió lo que debía hacer. Simplemente debía darle atributos: los que quisiera, los que considerara pertinentes, los que me divirtieran. También podía hacer que ella actuara según mi conveniencia. Sería como tener una especie de conejilla de Indias, pero mucho más atractiva e interesante.



Así que, con mucha concentración, hice que despertara y que al hacerlo no se viera atrofiada por lo embates de un sueño profundo, sino que despertara como si fuese una diosa. Radiante, absolutamente encantadora, entonando no la voz carrasposa que se tiene cuando recién se despierta, sino una voz suave y refinada, con algo de acento francés; que al abrir sus ojos, los párpados descubrieran sus ojos azul profundo que combinaban con sus labios carnosos y rosados; y que por ninguna circunstancia tuviese que hacer uso del baño, ni siquiera para maquillarse, ya que siempre estaría perfecta para cualquier circunstancia.

En cuanto a sus talentos, ella era una excelente cocinera. Cocinaba cualquier cosa que yo me imaginara, siempre impecablemente y con mucho estilo. Su capacidad de generar conversación en temas de interés era totalmente asombrosa. Su manejo del lenguaje era impecable y las conversaciones que teníamos eran realmente enriquecedoras. Todo esto se debía a que leía mucho y miraba películas con argumentos creativos y que planteaban cuestionamientos filosóficos. Por último, cabe aclarar que la doté de un gran sistema inmune, para que fuese imposible que cogiese siquiera el más leve resfriado, ya que todas estas cosas como cocinar, conversar, leer y ver películas las hacía siempre estando desnuda.

Claro que estar siempre encerrados disfrutando de maravillas culinarias y hablando de diversos temas y películas, mientras yo me deleitaba con el cuerpo desnudo de la despampanante mujer que había imaginado, podía llegar a ser aburrido. Así que, un día tomé la decisión de salir de la casa para ir a tomar un café juntos, porque a pesar de que yo salía con frecuencia mientras ella se quedaba preparando comida, nunca me había atrevido a mostrarle el mundo fuera del confinamiento de mi apartamento. La razón era sencilla: dado que debía imaginar cómo se habría de comportar bajo cualquier

circunstancia, me parecía arriesgado introducirla en un contexto con demasiadas variables. Pero como la rutina, aunque fascinante, se estaba volviendo algo predecible, decidí que el siguiente paso era enfrentar algunas incertidumbres para saber si era capaz de manejarlas.

Así que, rápidamente, imaginé un atuendo para ella. Algo no muy ostentoso o llamativo. Algo más bien andrajoso. Algo que la hiciera ver igualmente atractiva pero no vulgar, ni nada por el estilo. La tomé de la mano y conforme salíamos del edificio, noté que todos los vecinos la observaban. Los hombres, con deseo y las mujeres, con envidia. En ese momento, en lugar de sucumbir a los celos, me regocijé en el hecho de ir acompañándola y de estar generando ese tipo de sentimientos en los demás.

Al llegar al café, donde rápidamente imaginé una mesa disponible para nosotros, me dirigí a ordenar nuestras bebidas. Mientras hacía la fila para realizar la orden, sentí que alguien me tocaba el hombro. Al voltear y mirar quién era, me di cuenta de que era una mujer. Era rubia y de ojos claros, no era muy alta y tenía una sonrisa que, simple e inevitablemente, hizo que la deseara inmediatamente. Con muy pocas palabras, utilizadas para preguntarme si estaba en la línea correcta para ordenar, me percaté de que estaba condenado a pensar siempre en ella. Me percaté de la inevitabilidad que suscita una imagen indeleble en la conciencia de un individuo y en la realidad que plantea, ya que todo lo demás, incluyendo los pensamientos ideales, pasan a un segundo plano, porque al mismo tiempo que yo me encontraba completamente cautivado por la mujer que al parecer quería ordenar un café luego de que yo lo hiciera, observé cómo un hombre se sentaba junto a la mujer de mis sueños. Hablaron por algunos instantes antes de que él le propusiera irse de allí. Ambos se levantaron de la mesa, caminaron hacia la puerta y salieron juntos a la calle. Entendí en ese momento la idea de pensar en algo y la

literalidad que puede acarrear, ya que por segunda vez estaba viendo cómo me robaban una idea, y que a mi lado se encontraba alguien que podría llevarme a tener muchas más.

FIN.



# ¿POR QUÉ PERDER LOS PAPELES POR LA MUJER QUE LO ENLOQUECE?

*Estaba allí, inmóvil, invadida de felicidad inaudita. Como cuando se encuentra dinero en el bolsillo de un pantalón olvidado y se siente como si se hubiera encontrado un tesoro.*



¡Es increíble! Desde que la vi por primera vez, no he podido dejar de pensar en ella. Indudablemente, me parece que es hermosa. No solo porque piense que sus ojos sean bonitos y su sonrisa desarmadora, también me encanta la precavida distancia que guarda para mantener un protocolario comportamiento en una situación dada, no porque sea lo correcto, sino porque al romperlo, se siente auténtico y original. Me fascina la sinceridad con la que habla; no sé si siempre diga la verdad, pero suena convincente. Es muy inteligente y creo que precisamente eso es lo que la hace tan atractiva. Pienso que puede hacer todo lo que se proponga, porque inevitablemente sueña e incansablemente persigue sus deseos. Imagino que ha existido en el pasado, no porque crea en la reencarnación, sino porque estoy seguro de que personas como ella inspiraron a poetas y artistas, provocaron guerras e hicieron que se inventaran inventos, se construyeran puentes, se colonizaran nuevas tierras, se surcara el cielo, el mar y hasta las estrellas.

La admiro.

En fin, solo puedo decir que pienso en ella. Sueño de manera desprevenida en estar lo suficientemente cerca como para hablarle en voz baja, robarle un beso y dormir a su lado. Sé que puede ser un poco iluso de mi parte, pero los sueños no se piensan, solo se tienen, igual que los deseos: solo se llevan a cabo.





## LA SOMBRILLA AMARILLA

Las gotas que resbalan por el cristal deforman su figura. Hoy no es un buen día para espiarla. Ha amanecido, llueve y es difícil ver el cuerpo desnudo de mi vecina. Son las ocho de la mañana y con una taza de café en mis manos, miro por la ventana buscando entretenimiento. Veo desde mi apartamento en el piso veintitrés, una fila de automóviles estancados a causa del tráfico matutino; veo como la gente camina por las aceras: unos corren para evitar mojarse en exceso; otros caminan tranquilamente bajo sombrillas de distintos colores.

Hoy, la mañana pinta un panorama gris y deprimente. No hay nada allá afuera que me interese, cosa que alimenta mi recién descubierta agorafobia. Pienso que es reciente, ya que llevo varios días sin salir y estoy casi seguro de que se debe a la fobia de estar en un lugar donde me sienta ansioso y vulnerable. La calle, por ejemplo, donde es difícil recibir ayuda, donde no hay confort ni nada que se le parezca. Al mismo tiempo, la cama sin tender me seduce con las voluptuosas curvas que insinúan las pequeñas montañas que dibujan las cobijas. No obstante, sé que debo trabajar en mi libro, debo escribir. Debo superar este bloqueo mental, el cual ha conllevado a que en semanas no registre ni una sola palabra.

Sé que las ideas se han estancado en la garganta, de eso estoy seguro. No han encontrado el camino entre el estómago y el cerebro. Sé que se están en algún lugar, el problema es que no he podido encontrarlas. A veces las siento un poco más abajo del esófago y otras, cerca de la tráquea. Pero de ahí no han pasado. Si tan solo con mi garganta pudiera escribir, no estaría en esta situación.

Pero ese no es el caso; sé que no puedo hacer nada al respecto, y

creo que esta situación ha empezado a atrofiar mis manos. Ya no funcionan como antes. Los dedos se mueven lentamente sobre el teclado y solo logran registrar estupideces e ideas sin sentido.

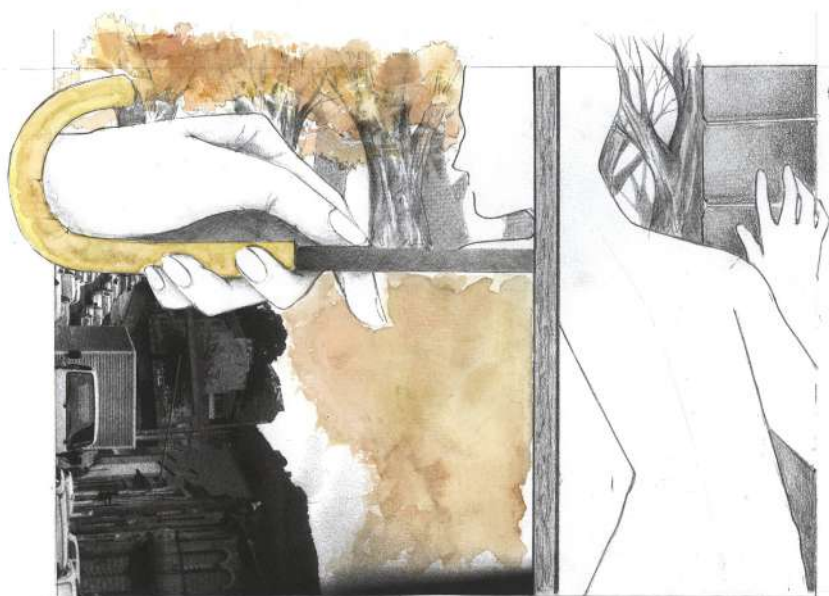
En este momento, la cama sin tender se ve más atractiva que nunca. Puede ser una excusa, pero pienso que dormir ayudaría a aclarar mi mente. Así, que lo haré. Iré a descansar un poco. Iré hacia la habitación. Pero, antes me detendré unos minutos, de nuevo frente a la ventana, tal vez para darle una nueva oportunidad a la ciudad de convencerme o simplemente porque aún no he terminado de beber mi café.

Mientras permanezco inmóvil y atento ante el cristal que llora por el mal clima, me veo sorprendido por un pequeño punto que resalta sobre el paisaje monocromático que arman los transeúntes. Es una graciosa sombrilla amarilla que busca frenéticamente su camino entre las cientos de sombrillas negras que abarrotan la acera. Se mueve con rapidez a lo largo de la calle hasta que desaparece al girar a la derecha justo cuando se termina la manzana del frente.

Ha sido un deleite momentáneo el observar esta situación. Ha apaciguado un poco el aburrimiento de la mañana. Pero ya se ha ido y probablemente no vuelva a pasar. Así que, sin más remedio, me dirijo a mi habitación para descansar un poco. Pensar en lo que debo escribir, pensar tal vez en salir de este apartamento o simplemente esperar hasta que se me ocurra algo brillante para registrar en un pedazo de papel.

Al introducirme en las cobijas y acomodarme al lado de la cama sobre el cual habitualmente duermo, me doy cuenta de que mi mente se ha inundado con el recuerdo de la sombrilla amarilla. Muchas interrogantes saltan a la luz entre la oscuridad que trato de propiciar al cerrar los ojos. Me pregunto acerca de la persona que carga esta colorida sombrilla. ¿Es acaso un hombre o una mujer?

LA SOMBRILLA AMARILLA



Me gusta pensar que es una mujer, de hecho, una hermosa mujer. Sé que camina con gracia y que probablemente cuando ríe, lo hace con carcajadas contagiosas. También me pregunto acerca de lo que hace y lo que disfruta hacer; acerca de sus gustos en ropa y comida. Muchas otras cosas que me hacen dar cuenta de que no solo me estoy preguntando por la persona que carga una sombrilla, sino por el personaje que puede inspirar. El personaje de un libro que podría empezar a escribir.

Entonces, con determinación, arrojé las cobijas a un lado y con vigor me levanto. Camino con afán hacia el escritorio, donde suelo trabajar. Un mueble que más que un lugar de trabajo, parece una masa consolidada en el tiempo, construida con el único propósito de acumular polvo. Una vez ahí, rápidamente barro con mis brazos la superficie de madera y cuero, tirando al suelo todo lo que allí permanecía. Agarro la máquina de escribir, que se encuentra arrumada entre libros y papeles hace ya varias semanas. La abro y empiezo a digitar rápidamente la historia de Elisa, la niña que, cuando llueve, carga una sombrilla amarilla.

Empiezo a imaginarla. Una niña, una mujer más bien, que ha vivido toda su vida en la ciudad. Algo contradictorio de pensar cuando se piensa en sombrillas amarillas, ya que el cliché reinante es casi de manera indivisible las sombrillas amarillas con vestidos de verano, campos de flores y en términos generales, con un paisaje rural, tranquilo y lleno de inocencia. Pero, no es así porque Elisa no creció en un lugar con esas características. Ella nació en un hogar donde el padre componía canciones para comerciales de televisión y cuñas radiales, y la madre se dedicaba a pintar bodegones que luego vendía en pequeñas ferias artesanales.

También tiene dos hermanos. Elisa es la del medio. Es dos años mayor que su hermana y tres años menor que su hermano. La

hermana, Virginia, estudió para ser doctora, profesión que se ajusta perfectamente a su personalidad, o por lo menos es lo que cree todo aquel que la conoce. El hermano de Elisa, Diego, es un amigable hombre que estudió para ser veterinario, pero que ahora se dedica a dictar clases de buceo en varias islas del Caribe. Por su lado, Elisa es traductora. Estudió Lenguaje y domina el inglés, francés, italiano y alemán a la perfección.

Elisa encuentra supremamente interesante todo lo que tiene que ver con arte, cine y filosofía. Le gusta leer a Kafka y Camus porque piensa que, de alguna manera muy oscura, son realmente graciosos. Inclusive, ríe a carcajadas cuando lee alguno de sus libros. Le gusta caminar de un lado a otro cuando hace esto, simplemente porque no le gusta quedarse quieta y porque de esa manera se puede concentrar aún más.

Uno de sus grandes placeres es estornudar. De hecho en oportunidades, cuando se encuentra terriblemente aburrida, aspira un poco de pimienta para inducir estornudos. Igualmente, mientras nadie la ve, tiene el tiempo y está completamente segura de que nadie la puede interrumpir, camina desnuda por las habitaciones de su casa. Mira televisión, cocina y duerme sin ropa. Piensa que al hacer esto le proporciona al mundo honestidad, por lo menos la versión más honesta de sí misma.

Asegura que su bebida favorita es el vodka, cuando sabe que en realidad le encanta la cerveza. Le gusta decir pequeñas mentiras y hacerles bromas a sus amigos y familia. Cree en Dios y en que al morir, todo, absolutamente todo acerca del universo, será explicado con rigor. Imagina que luego de que el alma trascienda, llegará a una oficina de aclaraciones y reclamos, lugar donde un burócrata celestial se sentará con ella y le explicará todo aquello que no haya entendido mientras vivía y la razón por la cual sucedió todo lo que le sucedió.

Y mientras que de manera continua sigo en la labor de escribir a Elisa, me doy cuenta de que es una mujer bella y encantadora. Alguien de quien, pienso, podría enamorarme. Y conforme escribo su vida sobre decenas de hojas de papel, añoro verla de nuevo, así sea desde mi apartamento en el piso veintitrés. Porque a medida que corren mis dedos sobre las teclas de esta desecha máquina de escribir, mis palabras describen una vida llena de sorpresas y alegrías, desdichas y agravios que la han convertido en un personaje con una personalidad difícil de entender, pero que simplemente me encanta.

Así, pasan los días y mi mirada se distrae del papel sobre el cual estoy escribiendo, únicamente para echar un vistazo por la ventana y buscar de nuevo la sombrilla amarilla. Pero el mundo, más bien el cielo, tiene un sentido del humor tan perturbado como el cerebro de Kafka: desde que me senté a escribir la vida de Elisa, no la he vuelto a ver, simplemente porque no ha vuelto a llover.

Esta situación ha hecho que mi vida gire en torno a las hojas de papel que a diario se llenan de letras negras que inevitablemente encontrarán el final de la historia de Elisa, hecho que ha transformado el sentimiento gratificante que producía imaginarla en el deseo incontrolable de verla y comprobar si lo que imagino se acerca a la realidad o si es una visualización optimista de la misma.

Es un problema que debo solucionar urgentemente, ya que me acerco a los párrafos finales y aún no descifro cuáles deben ser las palabras justas para dicho fin. Podría terminar su historia trágicamente. O podría hacer que todo culmine en una situación ecuaníme donde ningún tipo de sentimiento se produzca y solo quede la satisfacción y el sinsabor de la vida vivida. O quizás, podría tener un final feliz.

Pero nada de esto sucederá si no llueve. Necesito hacer que llueva en la mañana para poder esperarla a la hora exacta, en la acera contraria a la de mi edificio y verla. Pero, tal y como llegué a esta obvia

conclusión, llego a una aún más contundente. Me percaté de que no puedo hacer que llueva. Lo que puedo hacer es desear que eso suceda. Puedo desear mil veces que caiga torrencialmente agua del cielo para que de nuevo aparezca la sombrilla amarilla. Puedo fabricar mil grullas de papel en un día para que mi deseo se cumpla, cosa que debe funcionar, porque el amigo de un primo que hace origami me dijo que esa era la razón de ser de la grulla: su poder de conceder deseos a cambio de su reproducción excesiva.

Aunque suena descabellado y poco eficaz, es mi única posibilidad. Así que, sin más remedio, me propuse a doblar continuamente hojas de papel para producir mil grullas que me concedieran el deseo de que lloviera en la mañana, para poder conocer a Elisa.





Y así pasaron las horas... y el día. Al caer la noche, mil grullas cubrían las mesas, las sillas y el piso de mi apartamento. Al caer la noche el deseo se había formulado. Tan solo quedaba esperar la mañana, la cual, esperaba con ansias, fuera tan gris y melancólica como la de hace algunas semanas. La esperaba desesperadamente con la ventana abierta, ya que contaba con la lluvia para despertarme si acaso desfallecía, víctima del cansancio, producto de la laboriosa tarea de fabricar grullas frenéticamente.

Y eso fue precisamente lo que sucedió: unas horas luego de haber amanecido, varias gotas de agua cayeron sobre mi cara, deshabilitándome, haciéndome caer en cuenta que estaba lloviendo y que en mi apartamento, el cual la noche anterior se encontraba cubierto por grullas de papel, no mostraba rastro de ninguna de ellas. Así que, rápidamente me dirigí hacia la puerta, la cual conduce al hall, el cual conecta el piso veintitrés, mediante un ascensor con el lobby, el cual conduce directamente a la calle, la cual colinda con la acera del frente de mi edificio.

Una vez allí, bajo un torrencial aguacero, veo cientos de personas con sombrillas. Cientos de oficinistas que caminan con rapidez entre la lluvia. Todos cargan paraguas oscuros, aún no aparece el tan deseado paraguas amarillo. Espero diez, quince, treinta minutos y aún no hay rastros de Elisa. Espero tanto tiempo, que el agua deja de caer y con su ausencia, desaparece la esperanza de parte mía. Pero, justo antes de rendirme, pienso agotar mis recursos. Así que deposito mis anhelos en un poderoso grito que contiene su nombre. Sé que es muy poco probable que alguien responda y es prácticamente imposible que quien lo haga cargue consigo una sombrilla amarilla. Pero luego de aquel desgarrador alarido, escucho detrás de mí: « ¿Sí? ¿Me llama usted para algo?». Al voltear, aparece de la nada una mujer con una

hermosa mirada, una sonrisa cautivadora y una sombrilla amarilla, mientras se observan cientos de hojas de papel manchadas con tinta negra que flotan sobre la calle.

FIN.



# ¿POR QUÉ ESCRIBIR?

*Me gusta el sonido que se produce cuando la tinta se arrastra sobre el papel y deja en su camino la intención que hace evidente su existencia.*



De repente, una idea me golpea. *Se siente como si una extraña ventisca pasara a través de mi cuerpo, recorriéndolo de manera longitudinal, dándome el tiempo suficiente para capturarla. En ocasiones puede venir en forma de sueños, otras veces suele suceder cuando realizo actividades cotidianas, como tomar una ducha o andar en el autobús, pero nunca se presenta cuando me siento a trabajar.*<sup>1</sup> En esos momentos no hay viento, parece como si hubiera sido abandonado a mi suerte en alguna especie de vacío estéril.

Lo más incoherente del asunto es que no suelo cargar lápiz y papel durante el día, o dormir con un bolígrafo y una libreta sobre mi mesa de noche. Así que, para mí, escribir se ha convertido en una tarea improbable.

---

<sup>1</sup>TED TALKS. GILBERT, Elizabeth: Your elusive creative genius. Feb 2009.



## LA MÁQUINA PARA COMER PALABRAS

Es curiosa la manera en que la pluma se desliza sobre el papel, dejando con plena intención una marca que no se puede borrar, una cicatriz que no se puede corregir, testimonio escrito de ideas, sucesos y conflictos, así como de los mililitros de tinta que se depositan sobre el desierto blanco que define una página. Se piensa de inmediato que deben de existir océanos enteros en libros y periódicos, en partituras de música y artículos científicos, en telegramas y cartas de amor.

La cifra es inimaginable, piensa Gabriel, mientras desgasta sus manos y su mente haciendo cuentas -sumas, restas, multiplicaciones y divisiones- para determinar cuánta ha sido la tinta que él ha utilizado para decirle a Greta lo mucho que la amó, describirle a Giovanna cuánto deseaba su piel y contarle a Gilda cómo habían sido sus días sin ella. Todo, para establecer el tamaño de un ataúd adecuado: un recipiente hermético que conservaría intacta las palabras, el universo monocromático que circunda sus ideas y desgasta su alma. Líneas contorneadas, puestas juntas en perfecta armonía para formar las letras que saldrían del papel y saltarían para llenar su boca, su tráquea y sus pulmones, ahogando de manera definitiva la angustia que producen los recuerdos y las palabras perdidas en las cartas de amor y telegramas.

Es una cuenta exacta la que ha producido Gabriel. Ha calculado que ha escrito mil trescientos sesenta y dos poemas, quinientos doce cuentos y trescientos veintidós pequeños escritos que él define como «párrafos y frases que, siempre que quise, las escribí porque se me ocurrieron de repente». También ha estimado que en cada poema se gastaron siete mililitros de tinta, que en cada cuento se impregnaron



cuarenta y tres, y que en cada uno de esos párrafos de inspiración espontánea se tuvieron que utilizar en promedio cuatro mililitros de tinta negra.

Igualmente, se percató de que Greta se llevó seiscientos cuatro poemas, ciento diez cuentos y trece pequeños pasajes; que Giovanna fue responsable por doscientos treinta y dos poemas, treinta y siete cuentos y cincuenta y dos párrafos cortos; y que para Gilda había escrito más que para alguna de las dos anteriores: quinientos veinticuatro poemas, trescientos sesenta y nueve cuentos y doscientos cincuenta y seis concisas ideas. Combinando las nueve cifras, Gabriel obtuvo parciales de nueve mil quinientos treinta y cuatro mililitros de tinta en poemas, veintidós mil veintiséis en cuentos y mil doscientos ochenta y ocho centímetros cúbicos en pequeñas frases de inspiración espontánea.

Todo sumaba un gran total de treinta y dos mil ochocientos cuarenta y ocho mililitros de tinta negra, cifra que indicaba que Gabriel debía construir un recipiente hermético con capacidad de treinta y tres litros para sumergir su cabeza y ahogarse en el volumen exacto de tinta utilizado para decirle a Greta el amor que sintió por ella, lo mucho que deseó el cuerpo de Giovanna y cuán grande fue el vacío dejó Gilda al abandonarlo.

Con esto en mente, Gabriel se dispuso a salir de su casa, lugar donde frecuentemente hacía cálculos de esta índole. Más exactamente, los realizaba sobre la mesa del comedor, un espacio abierto que se vinculaba con una pequeña sala y con la cocina. En su nevera nunca había nada más que una botella de whisky, una cebolla, una caja de leche de soya, queso pecorino romano, albahaca y mantequilla. Estos artículos nunca podían faltar, ya que disfrutaba comer pasta en salsa pesto con un vaso de leche de soya, una dieta un tanto extraña para un hombre solitario que disfrutaba pintar, escribir y hacer cuentas.

Apreciaba los detalles y las cosas viejas, tanto que el acabado de baldosa de su cocina había sido rescatado de una remodelación de una casa que debió ser derribada para darle paso a un nuevo edificio de oficinas en el centro de la ciudad.

El enchape sin brillo contemplaba un mosaico setentero con un patrón floral de color ocre que mostraba signos de desgaste y rayones producto de los trabajos de demolición que se tuvieron que llevar a cabo para retirarlo. Muchas veces pasaba mañanas enteras observando detenidamente cada curvatura del mosaico, cada esquina desportillada, cada junta de cemento blanco. Recordaba que el acabado de la cocina había sido testigo de los cientos de desayunos que compartió con Giovanna, ya que, aparte de una relación física, ellos jamás hicieron otra cosa que sentarse, alguna que otra mañana, a comer tazones de cereal; nunca fueron a cine, no tuvieron veladas románticas y tampoco planearon viajes juntos.

Y es que no hubo razón para que eso sucediera. Él simplemente buscaba pasar el tiempo y divertirse. Ella, aparte de ser de una mujer muy hermosa, también era alguien que estaba comprometida para casarse, solo que la idea de atarse de manera definitiva la atemorizaba. Le gustaba ser perseguida, seducida y capturada. Disfrutaba leer las cartas y poemas que Gabriel escribía para ella. Eran, para Giovanna, la prueba física que le confirmaba que su sensualidad aún existía y que no se iba a evaporar al casarse con su novio.

La relación con Giovanna terminó rápidamente. Un día desapareció. Se despidió de Gabriel dos días antes de la ceremonia. Le agradeció por el cereal, el tiempo, la tinta y el papel invertidos en ella, y con una maleta en la mano, le dijo que jamás la volvería a ver. Ella se escaparía, viajaría a otro país para que nadie la encontrara; para que nadie pensara en buscarla y reclamarle por dejar plantado a su prometido en el altar.

Justamente debajo del salpicadero enchapado de la cocina, sobre el mesón de acero inoxidable, se encontraba una pequeña caja de madera. Era cuadrada y tenía la inscripción de una marca de tabacos de República Dominicana. En su interior, flores secas, monedas, muñequitos de plástico, pedazos de tela con escritos amorosos en tinta negra y azul, en fin, pequeños souvenirs, recuerdos de lugares y momentos que Gabriel y Greta habían visitado y compartido. Artículos que apelaban a la melancolía, al recuerdo de la mejor de las épocas. Una llena de felicidad y sin mayores complicaciones; llena de primeras experiencias y sensaciones; llena de amor juvenil, puro y sin razón, que se fue apagando por el paso del tiempo y la ineludible sensación de saber que se está madurando y se quiere explorar el mundo en todo sentido.

Esa era la caja de Greta, la caja donde Gabriel había guardado todo lo que había podido, porque sabía que Greta jamás regresaría. Que sería el recuerdo más hermoso que alguna vez tendría de otra persona, sobre alguien que lo quiso más que cualquier cosa sobre el planeta. Alguien que él lastimó porque no fue capaz de sentir lo mismo por ella.

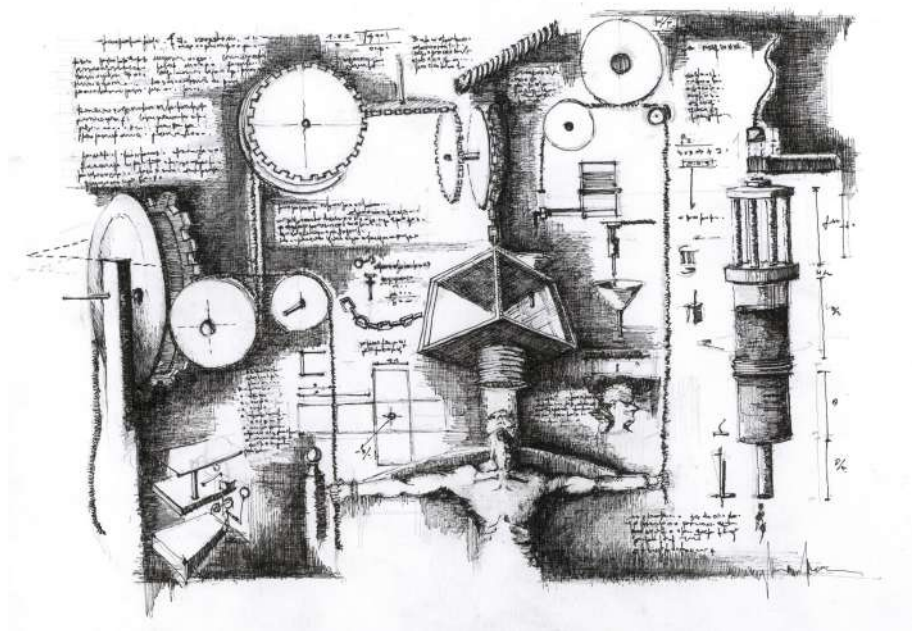
Y fueron, la caja de tabacos de República Dominicana y el enchape ocre y setentero los que vieron salir a Gabriel de su apartamento, sosteniendo en la mano derecha una hoja de papel que por un lado tenía escritos los cálculos de tinta realizados con rigor y diligencia y por el otro, un pequeño mensaje de Gilda. Reducido conjunto de letras que sucesivamente transmitían una noticia devastadora para el equilibrio mental y emocional de cualquiera que hubiese estado profundamente enamorado, hasta el punto de la locura y la estupidez, alguien a quien simplemente le desgarraría el alma leer que quien más había querido con cada fibra de su ser lo había abandonado para estar con alguien más.

La noticia contenida en esa nota había sido la encargada de desatar ira y tristeza al mismo tiempo, sentimientos que condujeron a Gabriel a empezar a calcular las dimensiones del receptáculo que contendrían sus últimos respiros. El mismo pedazo de papel contenía dibujos, esquemas, medidas y cantidades de los materiales necesarios para completar el diseño de lo que Gabriel había titulado en letra mayúscula y subrayada LA MÁQUINA PARA COMER PALABRAS.

Entre la lista de materiales se contemplaban, aparte de madera, puntillas y tornillos, un conjunto de mangueras plásticas, acrílico, embudos, cuerda, el volumen necesario de tinta y empaques redondos y cuadrados de caucho para evitar cualquier filtración.

Todo se debía disponer de la manera adecuada, en el orden preciso, para que la máquina funcionara. Gabriel había contemplado que ahogarse en tinta no era tan sencillo como sonaba. El diseño de su artefacto contemplaba la reacción humana e instintiva de no querer morir, debido que al sentir la falta de oxígeno, trataría de liberarse para evitar perecer. Es por eso que debía estar completamente restringido, atado de pies y manos en una posición que no le permitiese escapar del mortal aparato.

Su plan era sujetar una caja cúbica de acrílico a su cuello, con el fin de encerrar su cabeza dentro la misma. La superficie de dicho elemento habría de estar recubierta de materiales impermeabilizantes y sus juntas, selladas con empaques de caucho que impedirían que la mínima cantidad de líquido escapase del interior. Luego de asegurar dicha caja a su cuello, ataría el mismo con una correa a la cabecera de su cama, se esposaría a las cuatro puntas del mueble, asegurando pies y manos. Y con el juego suficiente que permiten las esposas de movilidad en las muñecas, accionaría el mecanismo de poleas, cuerdas y embudos que harían que el líquido negro fluyera dentro del receptáculo que ahogaría sin misericordia la respiración de Gabriel



hasta dejarlo sin vida.

Con esto en mente y con los diseños, los cálculos y esquemas realizados en la parte de atrás de la nota de Gilda, Gabriel se dirigió a la ferretería que queda a varias cuadras al norte de su edificio, sobre la acera contraria a la suya. Caminaba rápidamente, primero por el corredor que conecta su apartamento con los ascensores, luego, de manera frenética, por el hall de acceso a su edificio y, casi corriendo por la calle, recorrió las dos cuadras y media que distanciaban el almacén de su casa.

Al llegar, abrió las puertas de la ferretería y con urgencia agarró un canasto para cargar los implementos necesarios para su proyecto. Caminaba de arriba abajo por los corredores, por la sección de eléctricos y hogar, por la sección de pegantes y pinturas, de clavos, puntillas y tornillos, por la de plásticos y resinas, y parecía no encontrar nada. Había caminado por cerca de diez minutos y en su canasto aún no había un solo objeto.

Viendo esto, decidió detenerse. Tomó unos cuantos respiros y se tranquilizó. Decidió volver a la lista, decidió empezar por buscar la tinta. Necesitaba treinta y tres litros, y aunque sabía que, basado en su diseño, esa cantidad resultaba exagerada, aun así la quería, ya que se trataba más de un acto simbólico que de uno pragmático. Se dirigió a la sección de artes y manualidades donde se encontraría con Ramiro, quien muy amablemente le preguntó acerca de lo que necesitaba. Con gran calma y un tanto distraído por una joven mujer que pintaba un cuadro en el fondo del almacén, respondió entregándole la lista a Ramiro. Él la leyó y le preguntó a Gabriel si deseaba que consiguiera todos los materiales allí señalados. Gabriel apenas asintió la cabeza, accediendo así a la propuesta del empleado de la tienda.

Con la preocupación de conseguir los materiales fuera de su mente, Gabriel dejó delicadamente el canasto sobre el piso. Se

sentó en una pequeña banca y se recostó contra una de las repisas que conformaban el corredor de herramientas, cintas métricas y accesorios. Desde allí observaba detenidamente y con paciencia los pincelazos que la mujer imprimía sobre el lienzo. Desde allí, se dio cuenta de que estaba pintando un atardecer. Que delimitaba el perfil de un paisaje con finos trazos oscuros que contrastaban con el rojizo cielo del sol poniente.

Estaba perdido en la danza que dibujaban sus hombros al bambolearse de lado a lado, al utilizar el pincel. Estaba empezando a imaginar su rostro, ya que desde donde observaba, solo se veía la espalda. Empezó a imaginar también que al acercarse a ella, empezarían a hablar. Que de la charla pasarían a un café; del café, a una película en un teatro; que luego saldrían a comer a un restaurante, previamente escogido con la intención de impresionarla; y que todo esto decantaría en un beso, un beso que se transformaría en suaves caricias y miradas profundas que intentaban promulgar los sentimientos sin utilizar palabras.

Todo esto imaginaba Gabriel hasta que sintió un delicado golpe en la parte superior del hombro. Era Ramiro, quien diligentemente había conseguido todo aquello señalado en la lista que Gabriel le había entregado. Le dijo que en la canasta que traía consigo se encontraba todo, menos la tinta. Le indicó que debía ordenarla con un día de anticipación en el mostrador de las pinturas.

Gabriel, con una mirada un tanto perdida, observaba a Ramiro hablar. Al ver esto, Ramiro simplemente indicó, señalando con la mano derecha, que debía ir precisamente adonde la joven mujer estaba pintando. Que ella amablemente, le ayudaría con su pedido.

Al escuchar la indicación, Gabriel tomó el canasto del brazo de Ramiro y se dirigió hacia el mostrador de las pinturas. Al llegar, aclaró su garganta. No obtuvo respuesta alguna de la mujer que allí





se encontraba. Volvió a aclarar su garganta, pero esta vez con más fuerza. Ella, al escucharlo, giró la silla sobre la cual se encontraba, y con una expresión que denotaba cierta rabia por haber sido alejada de su trabajo, le preguntó a Gabriel acerca de lo que necesitaba.

En ese momento, Gabriel dejó de respirar y se vio envuelto en pánico. Jamás había visto una mujer que le atrajera tanto al verla por primera vez. Su mente se encontraba en blanco, y por unos segundos hubo silencio. La joven mujer, quien se dio cuenta de su reacción ante un cliente, se disculpó con él y de nuevo, en un tono más amable, le preguntó en qué le podía ayudar.

Gabriel se mantenía en silencio y solo miraba a su alrededor buscando las palabras justas para decir en ese momento, instante por el cual pasó la idea de pedir treinta y tres litros de tinta negra para ahogarse en ella; los segundos parecían extenderse sin encontrar el final de este incómodo lapso de tiempo. Sabía que debía decir algo. Pero sabía que si pedía lo que necesitaba para construir la máquina que había diseñado, jamás sabría si él y la mujer del mostrador de las pinturas tomarían café. Pero también sabía que existía la posibilidad de que, de no hacerlo, no sería capaz de hablarle, o que si lo hiciera, ella no le prestaría la atención que él quería obtener.

Así que decidió seguir adelante con el plan original. Pediría la tinta que llegaría al otro día. De esa manera tendría tiempo suficiente para construir el mecanismo requerido para verter el líquido oscuro en el recipiente que se amarraría a su cuello y encerraría su cabeza.

Pero justo antes de dirigirse a la joven y encantadora mujer, Gabriel posó fijamente la mirada sobre el lienzo en el cual pintaba un atardecer. Ella se percató de esto y con un poco de cautela le preguntó si le gustaba, si le parecía bueno, puesto que estaba haciendo sus primeros intentos con óleos y no estaba segura de su técnica. Él simplemente la miró y le dijo que ese atardecer tenía la suficiente

cantidad de rojo como para que el pasto no necesitara más amarillo.

En ese momento hubo silencio de nuevo. Ambos se miraban a los ojos. Gabriel, con un tanto de nerviosismo, ya que se arrepentía de haber escogido esas palabras de todas las otras existentes en el idioma español, para romper el hielo. Ella, con cierto desconcierto al escucharlas, pero con la leve sospecha de que él podría llegar a ser interesante.

Pasaron unos segundos más, y ambos intentaron hablar al tiempo. Esto no solo sucedió una vez, fue reiterativo. Ambos callaban e intentaban hablar simultáneamente. Parecían una pareja de idiotas rampantes que no podían coordinar un simple y cotidiano diálogo. Pero esta situación se detuvo cuando ella puso el dedo índice sobre los labios de Gabriel, indicándole que callara, indicándole que ella iba ser quien iba a hablar. Y así lo hizo: le dijo a Gabriel que apreciaba su crítica y se presentó amablemente como Roberta.

FIN.



# ¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?

*La vertiginosa velocidad con la que se mueve el mundo, el frenético andar del tiempo y la agobiante sensación que produce el aire enrarecido por el rápido respirar de la ciudad generan la sensación de estar siendo arrastrado hacia el futuro por fuerzas irresistibles.*



La razón por la cual parece haber un esfuerzo global por andar a un ritmo vertiginoso no es del todo clara para mí. La cotidianidad se encuentra plagada con mensajes que apelan a la obtención de resultados rápidos y acciones que impulsan al mundo a un camino frenético que personalmente no comprendo. No es que no entienda los fundamentos pragmáticos. Sé que se considera que el tiempo es dinero, y que su valor relativo aumenta conforme se consiga más de él dentro de la misma unidad temporal. Pero entonces me pregunto: ¿cuál es el afán de conseguir hacer esto? ¿Acaso existe una percepción que obliga a pensar que el mundo, como lo conocemos, llegará dentro de poco a su fin, y que por ende se debe acumular la mayor cantidad de riqueza material, conocimiento y experiencias posibles? Si ese es el caso, pienso que es una labor inoficiosa. Porque si es que en realidad existe un sentimiento colectivo que prevé que el final se acerca, creo que deberíamos gastar el tiempo que nos queda pensando, riendo, bebiendo, comiendo o haciendo lo que sea que nos haga verdaderamente felices, en lugar de invertirlo en esfuerzos exagerados para conseguir cosas que a la hora de la verdad no atesoramos tanto y que realmente no compensan el trabajo invertido para conseguir las. Pero si el sentimiento fatalista no es colectivo, en realidad no hay una razón fundamental por la cual se deba tratar de obtener tanto en tan poco tiempo.

Además, considero que este ritmo endemoniado, que cada vez es más exigente, es contradictorio al «desarrollo» que representa. En primer lugar, si se evalúa que los avances en términos tecnológicos buscan esencialmente, en la mayoría de los casos, simplificar los procesos que se realizan habitualmente, con el fin de liberar tiempo,

pienso que se está haciendo un mal uso de estas herramientas: en lugar de disponer del espacio liberado con fines educativos, lúdicos, reflexivos o llanamente ociosos, este se convierte en el espacio para trabajar aún más, con el fin de expresar la mayor cantidad de provecho a cada segundo.

En segundo lugar, si se considera que los avances en el campo de la medicina han prolongado la longevidad de la población humana, ¿no deberíamos tener más calma? Si habremos de vivir más, ¿cuál es la necesidad de correr? Es decir, si hay más tiempo para vivir hay que usarlo precisamente para eso, no para producir exasperadamente, solo porque la velocidad del mundo así lo exige.

Entonces, para responder a la pregunta de por qué reducir la velocidad del mundo, la respuesta es sencilla: porque se puede ir más lento y con calma, porque en últimas disponemos de más tiempo, y porque simplemente podríamos hacerlo.

También porque me gustaría tomar más fotografías con cámaras análogas. No porque sea un sentimentalista, sino porque el formato permite establecer un límite, un número finito de exposiciones. Permite poder pensar sobre la escena y lo que la compone: la volumetría, la luz, el tema y lo más importante, el momento justo que se quiere recordar. Es un medio menos práctico y de inferior calidad que un medio digital, pero considero que carga consigo un mayor significado.



Un abrazo





Un día con la abuela

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Receso



Noche en el museo

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



De compras

Además, quisiera más tiempo para llevar a cabo actividades que no tengan un propósito claro o práctico.

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Clark Kent



Juego

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Debate





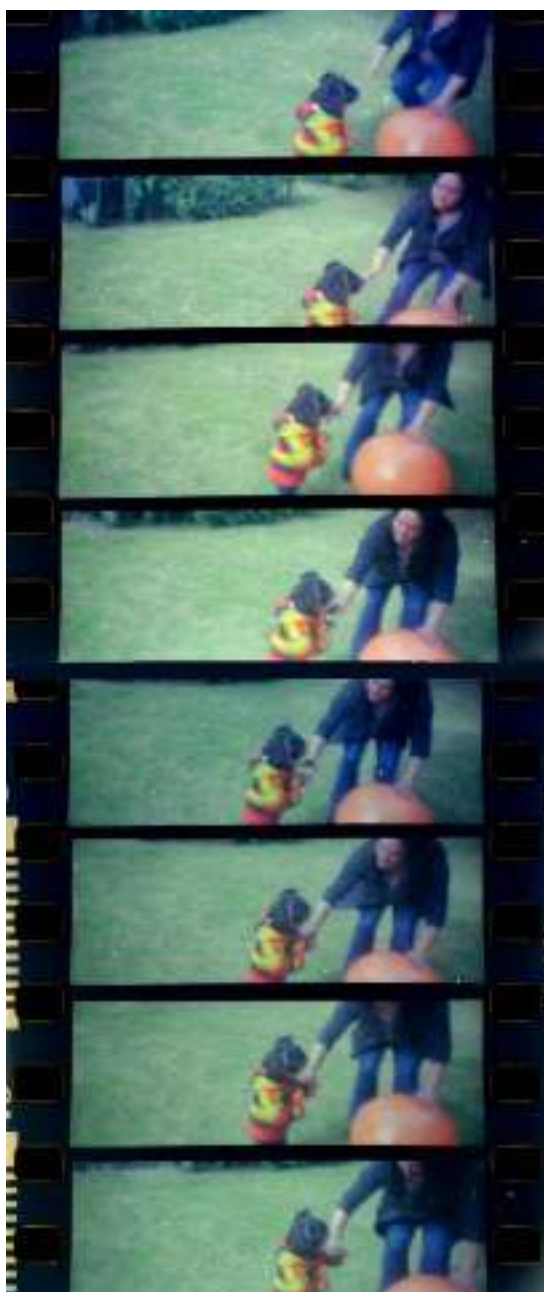
¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



PORQUE SÍ



¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



PORQUE SÍ



¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



PORQUE SÍ



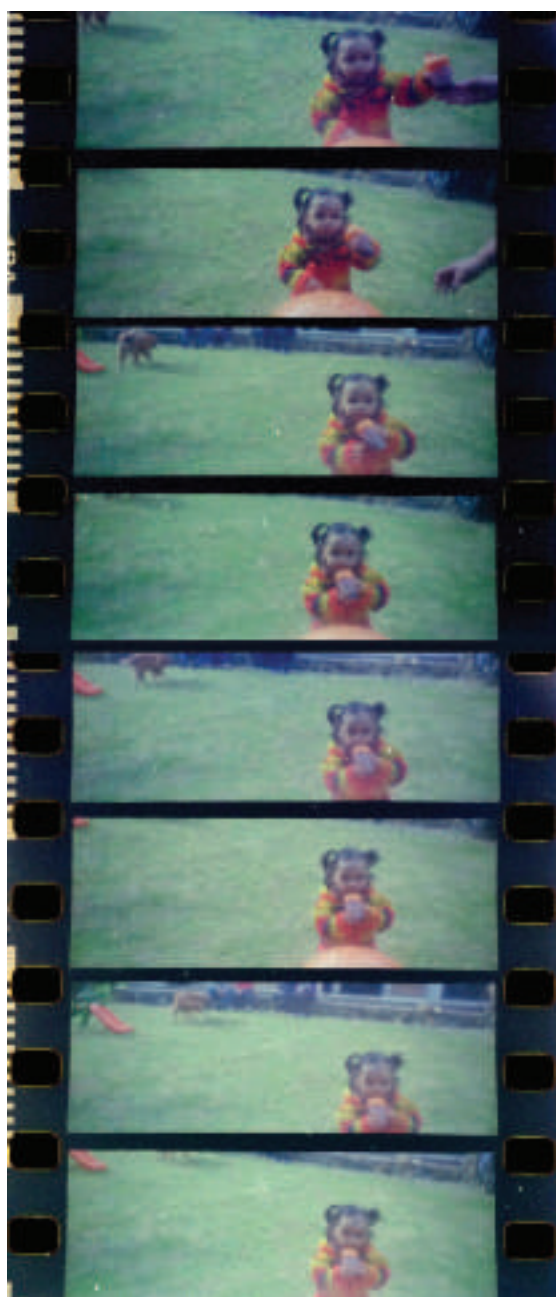
¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?





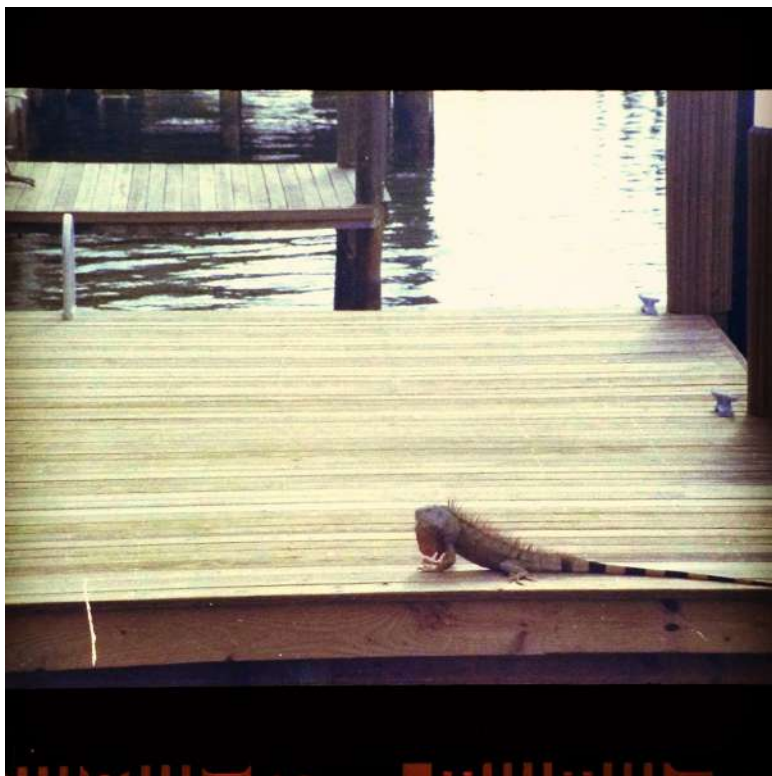


¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Porque hay tiempo para darse cuenta de que hay distintos  
tamaños, colores y texturas.

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Iguana



Puertas

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Diferencias



Render

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



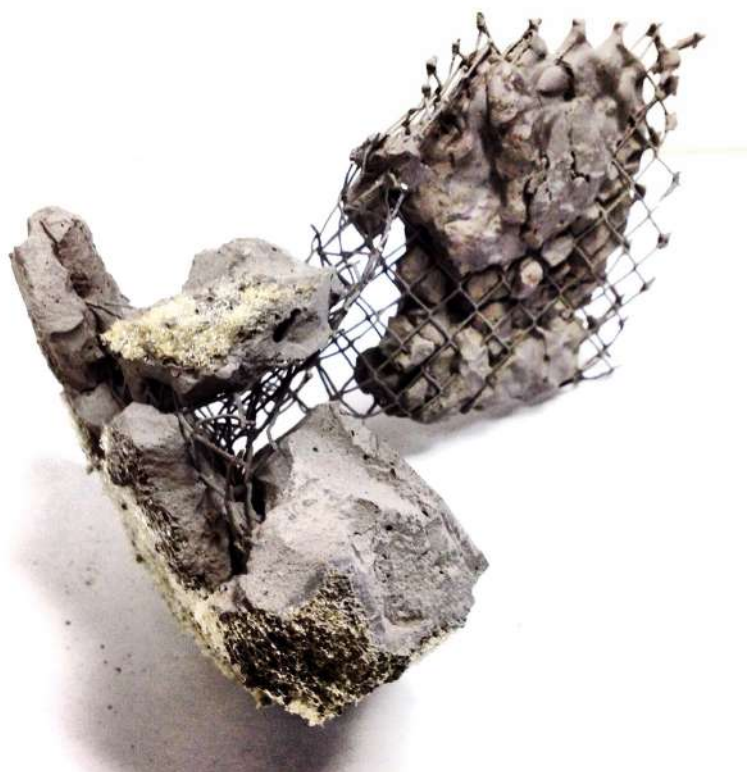
Piedras



Inclusive, podría utilizar ese tiempo para construir objetos.



Manantial



Personaje

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Pantalla

Y porque ver el mundo me va a tomar mucho tiempo.

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Pastuso europeo



Playa

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



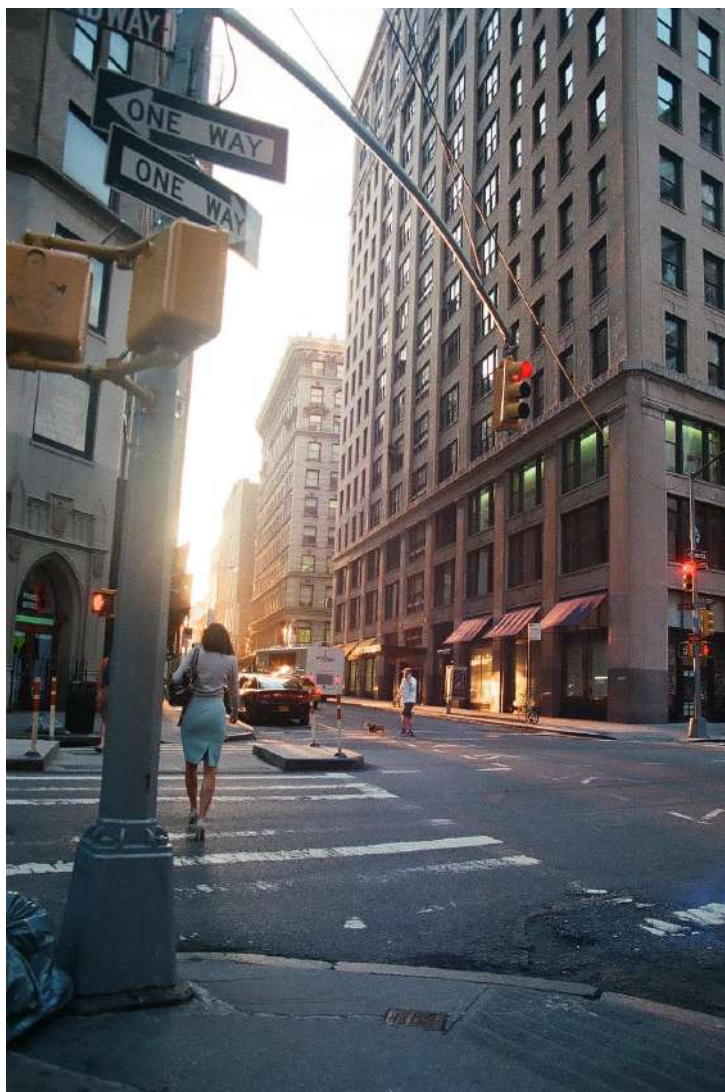
Triunfo a medias





Puente

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Cruce

Sobre todo, porque quiero el tiempo suficiente para ver  
todo a mi manera.

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Curvas



Siluetas

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Ojo de pescado



Sobreposición

¿POR QUÉ REDUCIR LA VELOCIDAD DEL MUNDO?



Luz ambiental





# ¿POR QUÉ BAILAR?

*Es natural. Es contagioso. Es auténtico. Es divertido.*



Es innegable que en ocasiones he bailado mientras conduzco mi automóvil. También lo he hecho mientras camino dentro de un almacén que tiene música ambiental. Inclusive, lo hago a veces mientras espero en el banco, porque me acuerdo de una canción que estuve escuchando en la radio.

Pienso que bailar es probablemente la expresión más descomplicada que existe. Definitivamente no hay nada útil o práctico que se derive de esta actividad. Parece como si de repente pasara y ya. Es incontrolable. Es como la desnudez: a todo el mundo le gusta, algunos la utilizan para decir algo; otros, como algo muy personal. Pero, bajo las condiciones adecuadas, es lo mejor que puede pasar.



## TECNICOLOR

El olor del papel amarillo, los trazos fuertes, el atardecer y una taza de café veían a Nicolás escribir con fuerza un poema. Mientras su mano izquierda empuñaba la pluma, la tinta fluía intermitentemente cada vez que se terminaba una palabra e inmediatamente después empezaba otra. El aire que llenaba la habitación se confabulaba con la superficie templada sobre la cual se secaba la tinta, asegurándose que para siempre quedara el registro de la sucesión de gotas negras que morían en las puntas de los dedos del escritor.

Nicolás, envuelto en melancolía, escribía para la mujer que había perdido. Su nombre era Violeta. Ella se había llevado consigo todo lo que él más quería, ya que al cerrar por última vez la puerta de su apartamento no hubo más que silencio, muebles y el piso de madera.

Ella se llevó el sonido de su voz. Las sílabas que se escondían en susurros, las palabras arrítmicas y entredichas de las canciones que no se sabía, las frases que se disfrazaban con las sábanas en las mañanas, las melodías esporádicas que producían sus pasos, algunas veces lentas como baladas cuando trataba de salir sigilosa en la madrugada, y otras, estruendosas, como el flamenco cuando sus zapatos de tacón corrían con rapidez sobre el entablado de la sala.

Desde ese día, el sonido del mundo se fue desvaneciendo lentamente para Nicolás. Primero se fueron los ruidos de la ciudad. El pasar de los automóviles, las fábricas y la gente empezaron a sonar como el viento cuando sopla, se cuela en los oídos y hace que se escuche el sonido reverberante que existe dentro de la concha de un caracol. Luego se fueron las melodías, las canciones de Johnny Cash,

de los Beatles y en general, la música, porque en vez de escuchar los acordes, la percusión y las letras, Nicolás solo escuchaba estática y ese ruido que se produce cuando se termina un disco que se ha puesto en un gramófono.

El mundo para Nicolás se había enmudecido; nada a su alrededor producía un estruendo, un silbido, un fonema. Solo había viento y estática. Ni siquiera el sonido de la pluma cuando rozaba el papel acompañaba el aire enrarecido de las habitaciones ensimismadas; los gritos eran eventos frustrados para liberar el sonido que parecía estar acuñado en la tráquea, y los aplausos eran el simple recorrido de los brazos que movían el aire y refrescaban el ambiente entumecido.

Esta situación llevó a que Nicolás solo escribiera. Porque sus pensamientos eran lo único elocuente que podía escuchar. Sobre su escritorio, miles de hojas de papel con las letras de sus canciones favoritas; pegadas en las paredes, otras tantas con dibujos y pequeñas anotaciones; sobre el piso, páginas arrugadas llenas de ideas que produjeron el sonido inadecuado, y sobre la mesa del comedor, un único papel amarillo. El último conjunto de palabras que jamás fuera a escribir Nicolás. Un mensaje final, el poema con el que se despediría de Violeta diciéndole:

Tal vez sea la crueldad de la gravedad,  
 la que le cuente al aire,  
 en secreto,  
 que golpearé con descaro el pavimento  
 para ver si ella me escucha,  
 para ver si se cae un palabra de los labios.

Porque quisiera el sonido de su boca,  
las palabras enredadas  
y las sílabas que se escapan  
sin culpa en la oscuridad.

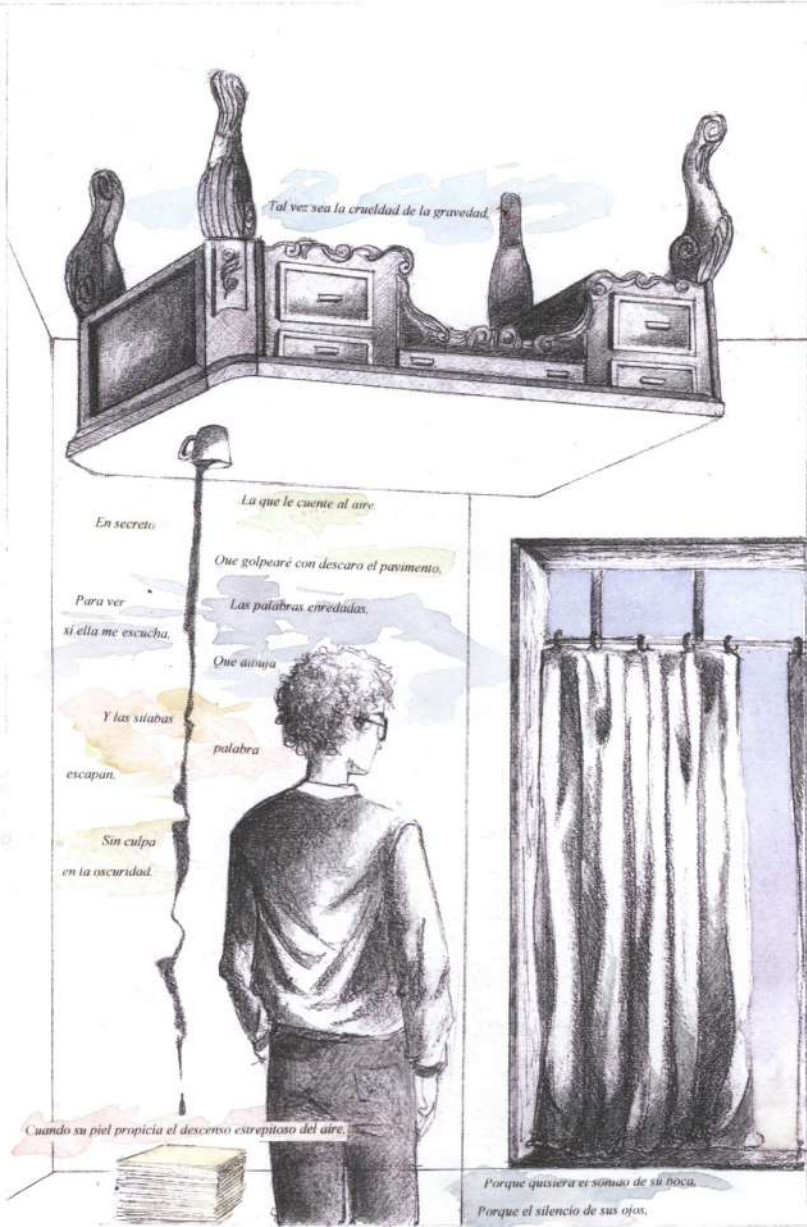
Cuando su piel propicia el descenso estrepitoso del aire,  
el bamboleo absurdo de su figura  
que dibuja adrede  
la imagen insoportable de su belleza.

Porque el silencio de sus ojos,  
y la mirada contenida en el azul verdoso  
sugieren que sueñe con ella,  
que invente sus besos,  
imagine sus caricias.

Porque la vida sin sonido y sin Violeta, para Nicolás no tenía sentido, carecía de razón o propósito. Y le parecía que era mejor entregarse al silencio que proponía una caída de veintisiete pisos, la misericordia del pavimento y la efectividad de la gravedad.

Así que, al terminar de escribir el poema, dobló la página en tres partes iguales y tomó el último sorbo de café. Al dejar de nuevo el pocillo sobre la mesa, notó que una gota se desprendía del borde, caía y dejaba una mancha, que al tocar la superficie de la hoja amarilla sonaría no como suena una gota de café cuando cae sobre papel, sino como suena un silbido. Al ver y escuchar esto, Nicolás, envuelto en desconcierto y confusión, pensó que tal vez lo había imaginado o que había sido producto del nerviosismo de haber tomado la decisión de suicidarse y que estaba alucinando.





Pero al quedarse observando fijamente la mancha de café sobre el fondo amarillo de la hoja, el silbido fue continuo. No era claro lo que sucedía, pero era motivo de alegría, porque que aparte de sus pensamientos, estática y viento, Nicolás podía escuchar silbidos. Fue por eso que rápidamente tomó la hoja amarilla manchada de café y la llevó a su habitación. Una vez allí, la puso sobre la mesa de noche y lentamente, mientras la admiraba y la escuchaba continuamente, tropezó con una de las patas de su cama, cayó de espaldas y se golpeó en la parte de atrás de la cabeza. El golpe, aunque fuerte, no fue lo suficientemente contundente como para dejarlo inconsciente. Al retomar su compostura, ponerse de pie y tocarse la parte de atrás de la cabeza, Nicolás se dio cuenta de que estaba sangrando. Al ver esto, fue al baño. Sobre el lavamanos inclinó la cabeza para lavarse la herida. De inmediato, gotas de sangre empezaron a caer sobre la superficie de cerámica blanca, y Nicolás empezó a escuchar un sonido parecido al del agua cuando llueve y cae sobre una superficie metálica.

Inmediatamente, mientras sangraba por la parte de atrás de la cabeza, Nicolás fue a la mesa del comedor, tomó la taza que aún contenía un poco de café, luego fue a su habitación, agarró la hoja amarilla donde había escrito el poema para Violeta y se dirigió al baño. Sobre el lavamanos inclinó la cabeza y dejó caer más gotas de sangre sobre el blanco de la cerámica y simultáneamente, a cuentagotas derramó café sobre el amarillo de la hoja. Se dio cuenta de que ambos sonidos se sumaban, se traslapaban y aumentaban su ritmo conforme aumentaba la velocidad con que ambos líquidos caían.

En ese momento, Nicolás se percató de que la variación, el traslapo y la velocidad de la sucesión de colores producían melodías. También, de que si lograba la mezcla exacta de tonos, orden de sucesión y velocidad, podía componer sílabas, palabras, frases y hasta canciones. Fue por eso que, en lugar de saltar por la ventana

de su apartamento, abrió un viejo baúl donde usualmente guardaba pinturas y pinceles. Al destapar las pinturas que venían en pequeños frascos, los colores contenidos empezaron a retumbar, a producir un sonido similar a la vibración que antecede a una onda explosiva. Al escuchar esto, Nicolás tomó los pinceles y empezó a zambullirlos en cada uno de los tarros de pintura. Con una fuerte abanicada los sacaba, produciendo un arco de color en el aire y una mancha que al chocar con la pared sonaba diferente, dependiendo de su tonalidad.

El rojo de la pintura, a diferencia del rojo de la sangre, producía un sonido metálico, como cuando dos hojas de acero oxidado chocan. El azul sonaba como el chillido que producen unos zapatos deportivos sobre un piso de madera esmaltado; el verde, como cuando se toca la cuerda de una guitarra; el morado, igual que cuando se arrastra un objeto sobre una superficie de madera aglomerada; y el violeta, como la risa de Violeta.

Todos los colores producían un sonido particular, ningún tono se parecía a otro. Fue por eso que Nicolás empezó a dedicar sus días a comprar nuevas pinturas y a mezclarlas. Para el final del mes, su apartamento parecía la un cuadro de Pollock. Los techos, las paredes, los pisos, los muebles, los cubiertos, la vajilla, el horno, la estufa y hasta su ropa estaban cubiertas de pintura. Machas de distintos tamaños y formas, sobrepuestas unas sobre las otras, en un mosaico poli cromático sobre el cual Nicolás bailaba arrojando pinceladas, y donde también dormía directamente sobre el suelo para manchar sus mejillas, para luego mirarse en el espejo y escuchar lo que su rostro tenía que decir.

Lo único que no se encontraba manchado con pintura era una pila de hojas blancas sobre las cuales Nicolás escribía las mezclas de pintura que producían palabras y sonidos particulares. Miles de anotaciones donde las palabras se volvían colores y los colores

palabras. Una guía precisa para el ruido del mundo, para la música, para los estruendos cotidianos, para la lluvia, para el mar, para las palabras favoritas y sobre todo, para la voz de Violeta, porque era lo que más le gustaba escuchar, tal vez porque la extrañaba o tal vez porque fue lo último que escuchó.

La razón no era clara, pero Nicolás pasaba sus días arrojando pintura, recreado palabras y haciendo anotaciones. De vez en cuando su rutina se veía interrumpida por una fuerte visión de color naranja brillante que lo cegaba y lo aturdí. Era desconcertante porque cuando sucedía, la visión era reiterativa y carecía de ritmo. A veces se repetía pocas veces por largos periodos, y en otras ocasiones se repetía rápidamente con cortos destellos.

Un día, luego de despertar, Nicolás vio de nuevo el tono naranja brillante. Esta vez fue particularmente intenso y abrumador. Tanto, que decidió salir de su apartamento. Se puso los zapatos que se encontraban junto al comedor, tomó las llaves, su billetera y al abrir la puerta, de repente, apareció Violeta, quien estaba presionando insistentemente el timbre.

Al ver a Nicolás, Violeta dejó de presionar el botón del timbre y de inmediato el destello naranja se detuvo. Ella lo observó detenidamente, intentando producir una especie de mueca enternecedora, le sonrió y le dijo que lo extrañaba y que se había equivocado al dejarlo. Él solamente la observaba con detenimiento, como si estuviera tratando de descifrar un jeroglífico. Parecía pasmado, se mantenía atónito y confundido.

Violeta, al ver esto, empezó a desesperarse y reiterativamente, alzando su voz, le preguntó a Nicolás si acaso no la estaba escuchando o si no le entendía. Él la miraba fijamente, ya que cada vez que ella movía sus labios, una sucesión de colores se superponían rápidamente con transparencias de distintas opacidades, como si fuese una mezcla

de papeles celofán que cayeran repentinamente ante sus ojos.

Para Nicolás, el mensaje era incomprensible; él había podido descifrar solo pequeñas palabras y sonidos que se relacionaban con colores. Pero lo que estaba pasando en ese momento era precisamente lo contrario. Las palabras de Violeta se habían vuelto colores, colores que no correspondían a aquellos que él le había asignado a su voz.

En ese momento, Nicolás pensó que lo que había construido era un imaginario. Un mundo colorido para reemplazar el escenario gris y aburrido que se había producido cuando Violeta se fue. Y ahora, que había regresado, se daba cuenta de que él no había perdido la habilidad de escuchar, sino la habilidad de tolerar los sonidos que le proponían tristeza.

Fue por eso que solo miró a Violeta. No le dijo nada. Y a medida se alejaba, camino al ascensor, una sucesión de colores, producto de los gritos de quien se paraba en ese momento bajo el umbral de la puerta de su apartamento, pasaba frente a sus ojos. Tenían un ritmo que lo hicieron sonreír.

Esa sensación de felicidad se mantuvo mientras bajaba en el elevador, a lo largo del recorrido del lobby de su edificio, al abrir la puerta de vidrio y salir a la calle, donde escuchó los pitos de los carros y las voces de la gente que caminaba a su lado.

FIN.





# ¿POR QUÉ ENAMORARSE?

*Se puede obviar. Da miedo. Solo se entiende luego de haberlo sufrido.  
Pero se siente muy bien.*





Los pensamientos simples de la vida cotidiana cambian. La felicidad no se mide en satisfacciones individuales, sino en verle sonreír o darle un beso.

El placer no se trata de la exaltación exclusiva de los sentidos, sino en el éxtasis de dos.

Pensar en ser parte de algo es fantástico, porque de esa manera estar parado sobre la Tierra adquiere algo más de sentido.

Además, estar enamorado es la mejor excusa para cometer estupideces.



## EL CÁLIDO PISO DE MADERA

Me gusta la manera en que el viento golpea las hojas de los helechos del patio. Lo encuentro relajante. Parece mecer mi mirada con un bamboleo un tanto sensual. Me encuentro inmerso en el baile exquisito de los helechos. De repente escucho mi nombre. Es una voz ronca y endeble. Es Julieta quien me llama. La anciana mujer con quien vivo y para quien trabajo. Necesita que le lleve un café y un cigarrillo.

Llama insistentemente, cada vez que lo hace, es más insoportable. Tal vez porque su adicción a la cafeína y al tabaco la convierten en un ser deseoso y obsesivo. O tal vez se deba al hecho de que me encuentro distraído por el movimiento de las plantas del patio.

Olvidando mi letargo momentáneo, le grito desde el primer piso de la casa, diciéndole que enseguida subo con el encargo. Mientras sirvo el café y busco los cigarrillos, pienso en vivir solo y no depender de la vida que me proporciona esta vieja gritona. Pienso en irme y dejarla sola, abandonarla a su suerte para que muera íngrima e indefensa. Pienso, quizás, en asesinarla. Tal vez envenenar su café, para que caiga fulminada, víctima de la crueldad del cianuro. Pero también pienso que no sería capaz de hacerlo. Tendría que contratar a un asesino, a alguien que haga el trabajo sucio. De inmediato, pienso en Lorenzo, un hombre despiadado, que inclusive creo que podría ser capaz de quitar una vida.

Lo conocí en el colegio. Por alguna razón es mi amigo; de hecho, mi mejor amigo, se podría decir. Soy el único que no busca timar o embaucar. Conmigo es honesto. Siempre me ha defendido

y aunque su intelecto se lo impide, siempre procura dar buenos consejos. Creo que soy una de las pocas personas que no le teme a este hombre alto y corpulento, que en su juventud siempre vestía jeans negros y camisetas de bandas de rock pesado. Aparentemente inofensivo y tosco al mismo tiempo; como su mejor amigo, conozco sus pasiones y pasatiempos. Lorenzo es alguien que disfruta del dolor. Le gusta sufrirlo y producirlo. Es un adicto, un sádico que descarga gozos y frustraciones sobre su propia carne y sobre la de pequeños animales y personas. Su profesión: Taxidermista. Es por eso que lo creo perfecto para llevar a cabo la labor.

Mientras subo las escaleras rumbo a la habitación de la anciana, planeo y mapeo todo en mi mente. Pienso en que no es tan difícil. Vive prácticamente sola; salvo por su hijo Fabio, es la única de su especie. Y Fabio no parece tener mucho afecto por ella: se puede decir que apenas la mantiene viva por el simple hecho de no ser capaz de matarla.

Nadie la extrañaría, nadie buscaría las causas de su muerte. Simplemente se aceptaría el hecho de que dejase de existir. Podría simplemente ahogarse con un trozo de pan o con una almohada, daría lo mismo; también podría resbalar en la tina o recibir un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza, daría lo mismo. Pero, no podría envenenarse, eso levantaría sospechas. Es por eso que preciso de Lorenzo. Tal vez para que la ahogue o la golpee contundentemente.

Con cada peldaño escalado, la imaginación vuela. Imagino el cuerpo inmóvil sobre el piso de madera, iluminado por la cálida luz del sol de la tarde que entra por la ventana, tamizado por los velos blancos de las cortinas. Imagino cómo debería ser. Se me ocurre que Lorenzo podría entrar a la casa sigilosamente en las horas de la tarde, tomar el cucharón de la cocina, subir hasta la habitación, abrir la puerta y golpear a Julieta reiterativamente, de manera salvaje, hasta

despojarle de vida. Luego, debía bajar al primer piso, donde yo estaría esperándolo, listo para recibir el impacto necesario para dejarme inconsciente. Esto, con el fin de simular un robo domiciliario, al cual la vieja Julieta se resistiría, el mismo que a mí me sorprendería, y que, ante la brutalidad del asaltante, no podría reaccionar, dejándome con la alternativa de sucumbir a su fortaleza.

Teniendo este plan en cuenta, me acerco cada vez más a la puerta de Julieta. Con cada paso que doy, se escucha el crujir de las tablas de madera del corredor que conecta la escalera con la habitación. Cada paso me hace recorrer el estrecho pasadizo, que se hace cada vez más estrecho conforme avanzo a través del espacio rectilíneo, cuyas paredes se encuentran llenas de retratos que cuelgan con los rostros de familia y amigos. La primera fotografía que se ve, una vez se sube la escalera, es la de los padres de la vieja: una imagen en blanco y negro,



un retrato de época, probablemente de finales de los años cuarenta.

Los viejos no eran de acá, eran europeos. Tuvieron que huir de Alemania justo antes de que terminara la guerra. El padre fue militar. No ostentaba un alto rango, ni era persona de confianza para nadie importante. Tampoco tuvo que estar en combate, ya que padecía una enfermedad degenerativa en los ojos, cosa que lo hacía poco apto para labores militares fundamentales. El padre de Julieta perteneció al Ejército alemán y era utilero, trabajó en un almacén dotacional en Berlín durante la guerra.

Tuvo que huir por miedo a ser perseguido y enjuiciado por los crímenes de su Gobierno. Fue por eso que llegó a las costas de este país, donde conoció a la madre de Julieta. Su nombre era Ester, una mujer recia y amargada, pero muy hermosa. Víctima de la disciplina de un hogar retrógrado y conservador que consideraba a las mujeres como objetos provocadores y pecaminosos.

Se conocieron en el embarcadero, cerca al delta del río más grande que desemboca sus aguas en el mar del norte. Ella, según el viejo, se veía despampanante en un vestido blanco con flores de colores y una sombrilla amarilla que le protegía del sol.

No fue amor a primera vista. Se puede decir que se casaron por conveniencia. Él necesitaba establecerse y radicarse en una nueva nación y ella ansiaba salir de su casa. Su relación fue buena en la medida en que se soportaron hasta el día de la muerte de Ester. Fue víctima del licor. Murió una noche de copas que compartía con su esposo.

Ocurrió en una taberna del centro de la ciudad en horas de la noche. Al salir del establecimiento, en el cual habían disfrutado tragos de whisky y ginebra, ninguno de los dos se percató de un automóvil que venía a gran velocidad. El carro los arrolló despiadadamente, dejando al padre herido e inconsciente, y de manera inmediata, sin

vida a Ester.

De esta manera fue que Julieta debió concebir su núcleo familiar -hija única, sin madre, con un padre hundido en la depresión y el recuerdo de su difunta esposa- situación que muy probablemente la llevó a construir un carácter fuerte e impenetrable. Este recuerdo la llevó, tal vez, a colgar ese primer retrato junto a las escaleras: siempre para recordar un tiempo mejor, que aunque del todo no fue feliz, fue mejor que aquel se le siguió.

Al mismo tiempo que me encuentro absorto ante la imagen del primer retrato, al principio del corredor, escucho de nuevo mi nombre envuelto en un alarido exagerado que exige de sobremana un café y un cigarrillo. En ese momento, aunque me encuentro iracundo, decido permanecer en silencio y continuar lentamente hacia el portal de madera que contiene la puerta de la habitación oscura y olorosa, donde se encuentra postrada en una cama victoriana la señora Julieta.

Debido a esta iniciativa, se me ocurre, que tal vez, al no responder, la vieja desesperará, su corazón se agitará al punto de llegar a explotar y morirá a manos de un incidente coronario. Pero no soy capaz. Me da miedo que muera, ya que soy tan solitario como ella. Aparte de Lorenzo, no tengo ningún otro amigo. Mi vida vacila entre mi actividad en esta casa y el ocasional trago de whisky que, por supuesto, comparto con mi mejor amigo.

Me siento miserable. He estado juzgando a Julieta injustamente, ya que solo soy una versión más saludable de ella. Pienso que a mí tampoco me extrañarían. Nadie preguntaría si muriera ahogado o víctima de un golpe contundente. También pienso que yo no solía ser así. Solía ser activo y tener una familia que producía orgullo. Pero ya no. No tengo nada de eso. Mis hijos me abandonaron. No es que se fueran lejos y dejaran de hablar conmigo. Dos de ellos murieron en un accidente aeronáutico y al restante no le place mi compañía.





El accidente ha sido lo más duro que he tenido que soportar y aprender a sobrellevar. Fue una experiencia agonizante y aterradora. Reconocer, por medio de placas dentales, la razón de mi vida y mis anhelos fue simplemente cruel y despiadado.

Fue un domingo en la tarde cuando sonó el teléfono. Tal y como lo recuerdo, nunca había sonado tan fuerte como en aquella oportunidad. Al responder, la voz tambaleante, lenta y entrecortada de mi esposa decía que algo había caído del cielo. Que algo había golpeado la tierra con tal desdén y crueldad que había propagado rápidamente llamaradas que habían incinerado a mis seres queridos: a mis hijos.

Pero en ese terrible momento el universo, Dios, la vida, lo que fuese, hizo la salvedad de no dejarlos morir a manos de un ardiente infierno, sino del golpe repentino de una pequeña avioneta que se vino a pique justamente sobre sus cabezas mientras ellos elevaban una cometa.

Quisiera que el recuerdo no fuera tan vívido. Aquel parque parecía un campo de batalla. Todo el prado había sido incinerado, se mezclaba con el barro, la sangre y la piel chamuscada de las personas que fueron alcanzadas por las llamas. Allí, en ese horrible lugar, sostuve a mi esposa y al hijo que sobrevivió al incidente. Los tres, envueltos en un llanto descontrolado, mirábamos a los bomberos luchar contra las llamas para poderlas apaciguar, con el fin de recuperar los cuerpos sin vida de mis dos pequeños y los ocupantes de la aeronave.

Mientras todo esto pasaba por mi cabeza, un sonido metálico despertó mi conciencia. Fue la cuchara que acompañaba la tasa de café, que furiosamente tocó el piso de madera, provocando un sonido agudo y estruendoso. Me hizo olvidar lo triste y melancólico de la situación. Me agaché a recoger el utensilio y proseguí a abrir la puerta de la habitación de Julieta. Una vez allí, la penumbra que inunda el

recinto se vio interrumpida por la luz procedente del corredor. De inmediato, la vieja generó un grito irreverente indicando que cerrara la puerta y que le alcanzara el café.

De manera rápida y servil me acerco a la cama donde se encuentra postrada. Viste una pijama de seda blanca. Se levanta y se sienta sobre la parte superior de la cama acomodando un par de almohadas detrás de su espalda. Extiende su mano y chasquea sus dedos indicando así que le dé la taza de café. Se la entrego lentamente, cuidando que no se fuera a regar parte del líquido. Y mientras a sorbos bebe la oscura sustancia que hierve dentro de aquel recipiente cerámico blanco y brillante, me pide que abra la ventana para dejar entrar un poco de aire y luz, ya que desea fumar y ya ha dejado de llover.

Tomo con fuerza las pesadas cortinas rojas de poliéster y gamuza para dejar pasar la luz del patio, que, tamizada por las ramas de los helechos, entra y calienta los tablones de madera y las alfombras de la habitación. Ante esta situación y sublime escenario, ambos permanecemos en silencio, compartiendo zozobra y tristeza. Al mirarme, las cicatrices sobre el rostro de Julieta se levantan en forma de una sonrisa y sus labios pronuncian palabras tiernas y bondadosas, que no obstante me ordenan a invitar a cenar a Fabio y a Lorenzo, ya que considera necesario salir del encierro y de la melancolía que nuestras vidas cargan.

Ella no sospechaba en lo más mínimo de mis intenciones ni del plan que fraguaría con Lorenzo para asesinarle. Y no tiene por qué pensarlo. Ella supone y procuraba mi felicidad. Ella y yo compartimos la vida, compartimos la casa y el patio, el café y los cigarrillos, el piso de madera, las desdichas y las cicatrices. No tiene por qué pensar que la asesinaría, porque si muriera solo uno de nosotros, habría demasiado café, demasiados cigarrillos, y un manojito

desproporcionado de desdichas y cicatrices. Pero sobre todo, uno de nosotros estaría realmente solo, porque como fue nuestra promesa, dejaríamos de compartir hasta que la muerte nos separara.

FIN





# ¿POR QUÉ ESTAR SOLO?

*Es una alternativa.*



Existe la potestad de elegir si se anda solo o acompañado. Como lo veo, los seres humanos, a diferencia del resto de los animales, no estamos obligados por nuestra naturaleza a vivir nuestras vidas como parte de una manada o cardumen, o deambular en solitario en busca de lo necesario para sobrevivir.

Los hombres y mujeres tenemos la legítima capacidad de escoger si nos rodeamos de un grupo de nuestros pares. Así que la razón para estar solos se fundamenta simplemente en que es una de las posibles opciones.





## LATENIA

Hay cosas en el mundo que nacen absolutamente solas. No es el caso de las flores que crecen en los campos, acompañadas de sus similares de múltiples colores. Tampoco sucede para algunas especies de animales, que desde su nacimiento están rodeadas por una manada. Existen otros entes desafortunados sobre la tierra. Por ejemplo, las gotas de lluvia, que simplemente describen un solitario y precipitado camino hacia el inevitable choque con el suelo; o las orejas, que a diferencia de los ojos, que pueden ver a otros ojos, o la boca que puede hablar con otras bocas, o la nariz que puede oler otras narices, las orejas no pueden escuchar a otras orejas.



En ese intersticio de soledad que comparten las orejas y las gotas de lluvia es donde se acuña la historia de Latenia. Solitaria desde el momento de su creación. Producto de un destello de inspiración de un artista. Fundida en un taller y moldeada por el pesado plomo que comprimió su contorno y le dio forma a su curvatura. Fue la primera pieza de un par de aretes que por cosas de la naturaleza, nunca conoció a su similar.

Los eventos que condujeron a la existencia de Latenia empezaron a suceder un lunes en la mañana, luego de que Ezequiel, un joyero ya entrado en años, se levantara de la cama que compartía con su esposa Camila. El lecho matrimonial describía un fresco olor a lavanda, ese que se disfruta cuando la tela se encuentra recién lavada. Para Ezequiel, la escena resultaba ajena y despojada de sentimiento, ya que el fresco olor que provenía de su cama se debía a que su esposa, luego de cuarenta y tres años de matrimonio había, unilateralmente, decidido cambiar de detergente. Camila argumentaba que el cambio se debía a que la empresa que fabricaba el producto había sido señalada por los medios de comunicación como la única en el país que utilizaba métodos de producción fuera de los estándares de calidad que el Ministerio de Salud exigía y que, por consiguiente, había sido indefinidamente desacreditada para la elaboración de productos aptos para el consumo humano.

Sobre este tema, Ezequiel y su esposa discutieron enérgicamente hasta altas horas de la noche del domingo. Y solo se alcanzó una definición cuando Ezequiel, enfáticamente, dijo que iba a comprar su propia cama, para comprar sus propias sábanas, una gran almohada y el detergente que durante cuarenta y tres años había deleitado su nariz.

Todo este incidente conllevó a que en la mañana del lunes, el experimentado joyero se levantara antes que su esposa y tuviera que

dirigirse a la cocina para preparar el desayuno. En un principio la idea era cocinar un succulento platillo que compartiría con Camila y de esa manera pedir disculpas por su comportamiento. Pero, al llegar a la cocina y abrir la nevera, notó que toda la leche era descremada, libre de grasa y deslactosada; que el queso decía *light* y que los huevos eran orgánicos y estaban manchados con lo que Ezequiel pensó era excremento de gallina.

En ese momento, Ezequiel sintió que el mundo a su alrededor había cambiado. Que estaba solo. Atascado en un pasado lleno de químicos venenosos, crema, grasa, lactosa y huevos limpios. Así que olvidó la idea de preparar desayuno y optó por no comer. Se dirigió a su taller para fabricar un par de aretes de oro que estaban pendientes. Habían sido un pedido especial de la Dra. Cuéllar, para celebrar el grado de analista contable que su hija Juliana habría de obtener el viernes de esa semana.

Al entrar a su taller, Ezequiel tomó su delantal de trabajo, agarró sus herramientas y se dirigió al taburete donde usualmente daba forma a las piezas que fabricaba. Sobre la superficie de madera estaban los moldes que durante el fin de semana había alistado para la fundición de los aretes. Este proceso era necesario porque la Dra. Cuéllar había ordenado de manera enfática que los pendientes tuvieran forma de conchita, porque a su hija le encantaba el mar y todo lo que se relacionara con él.

Para la fundición del oro y su posterior proceso de acabado era necesario que el metal líquido se mezclara con cobre, para que tuviera la ductilidad necesaria y así evitar que se quebrara.

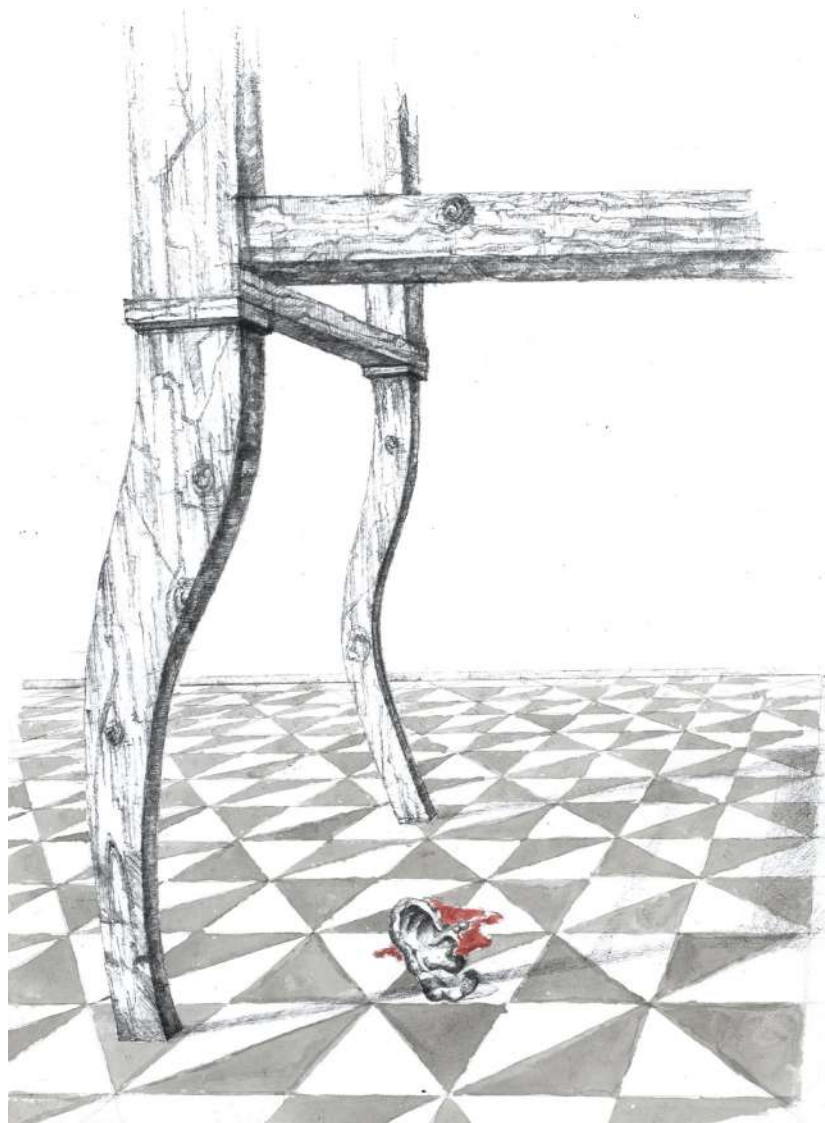
El proceso fue impecablemente ejecutado. Tanto la fundición como el posterior acabado de la pieza pueden ser descritos como una majestuosa danza de un par de manos nacidas para hacer joyas. Los años de experiencia contenidos en los dedos de Ezequiel dieron como

resultado a Latenia, el izquierdo de un par de aretes de oro en forma de conchita.

Luego de admirar a Latenia por algunos minutos, Ezequiel fue interrumpido por Camila, quien le gritó desde la cocina si deseaba comer algo. Él simplemente la ignoró y golpeó con ira la mesa de trabajo, porque su voz le recordó la discusión de la noche anterior, su nevera y el hecho de que se sentía desadaptado. El golpe sobre la mesa, al mismo tiempo que desahogó los sentimientos del anciano joyero, causó que un pequeño frasco de cloroformo se volteara y se regara dentro de la olla donde se había fundido la mezcla de oro y cobre. Esto causó una reacción que emitió un gas tóxico que al ser inhalado por Ezequiel produjo una serie de alucinaciones.

Su mente se nubló con una secuencia de colores que rápidamente se configuraron en superficies que construyeron un exótico y particular camino lleno de duendecillos y hadas, de elefantes rosa y gatos parlantes, con pájaros que sufrían de vértigo y gusanos claustrofóbicos.

En la mente del joyero se produjo una imagen desconcertante, donde orejas gigantes con largas piernas bailaban jazz, zapateando con gracia brillantes zapatos de charol. Una a una, las orejas fueron cayendo sobre la colorida pista de baile que este hombre había maquinado. Víctimas de su propio ritmo, las delgadas piernas que sostenían las gigantescas orejas se rompían. Esto provocó que el joyero desesperara. Se dio cuenta de que había perdido el conocimiento y de que su cabeza se encontraba ensangrentada. Rápidamente empezó a buscar la causa de la hemorragia y al alcanzar las intermediaciones de la oreja derecha, se percató de que esta no se encontraba en su puesto. Yacía a su lado, cubierta por una pequeña lámina de zinc manchada ampliamente con sangre proveniente del fino corte que había cercenado su oreja.



Al evaluar la situación, entró en pánico y a causa de la enorme pérdida de sangre, desfalleció. Al recobrar la lucidez, distinguió que ya no se encontraba en su taller, sino sobre una camilla en una habitación en lo que parecía ser un hospital. Un joven doctor se le acercó y lo saludó. Ezequiel de inmediato preguntó qué había pasado. En ese momento, el doctor le indicó que le tenía dos noticias para él: una mala y una peor. Le preguntó cuál de las dos deseaba escuchar primero. El viejo, suspirando y con un tono pesimista, dijo que empezara por la menos mala. El doctor aclaró la garganta, le contó que la oreja que él mismo había cercenado se había perdido y que había sido imposible encontrarla.

Tomando un respiro, el doctor se preparó para darle la segunda noticia. Apretó los puños y, con voz temblorosa, le dijo al joyero que su esposa había fallecido. El viejo, desconcertado, atolondrado y a punto de reventar en llanto, le pidió de manera desesperada una explicación al doctor. El doctor, de manera contundente, le dijo que su esposa había muerto a causa de un fuerte golpe en la nuca, que los hechos que habrían causado esta situación no eran claros y que los únicos indicios arrojaban la conclusión de que ella simplemente resbaló y se golpeó la nuca contra la mesa de trabajo que se encontraba en el taller.

De inmediato, Ezequiel reventó en llanto descontrolado, gritando desconsoladamente que su mundo se había desboronado ese lunes en la mañana, que estaba condenado a estar solo, que su vida carecía de sentido sin Camila a su lado, y que ni siquiera contaba con ambas orejas para escuchar palabras de aliento.

Con el pasar del tiempo, la historia de Ezequiel se perdió de la memoria de los médicos, psiquiatras y enfermeras que trataron al viejo, aunque siempre se mantuvo el misterio de la inexplicable desaparición de su oreja, la oreja que él mismo había cortado.

Muchas teorías se formaron alrededor de esta inexplicable

situación. El psiquiatra del hospital, por ejemplo, llegó a plantear que Ezequiel se había comido su propia oreja, estando, por supuesto, bajo la influencia de los gases tóxicos que había inhalado. El médico de cabecera incurrió en la posibilidad de que Camila pudiera haber visto la situación y que, debido a sus constantes peleas, hubiera tomado la oreja y la hubiera arrojado al triturador de basura como forma de venganza.

Pero -y aunque varios intentaron idear historias coherentes-nunca nadie pudo deducir que al escuchar los gritos de desesperación y dolor que Ezequiel emitió al cortarse la oreja derecha, su anciana esposa corrió hacia su taller. Una vez abrió la puerta, rápidamente dio los primeros pasos para ayudar a su esposo, la señora pisó la cercenada oreja, sin remedio resbaló, cayó inevitablemente de espaldas, derribó el molde de plomo donde Latenia había sido fundida y se golpeó mortalmente en la nuca contra la punta de la mesa de trabajo del anciano joyero.

Lo que este desafortunado accidente causó, aparte de la muerte de Camila, fue la reunión de Latenia con la oreja cercenada del joyero. Cuando la anciana resbaló al pisar la oreja, esta se deslizó hasta debajo de un taburete, al igual que Latenia, quien fue despedida describiendo un movimiento parabólico lo suficientemente lejos como para terminar deslizándose debajo del mismo taburete.

Ahora, Latenia solitaria no está, dejó de ser el pendiente sin pareja, la gota de lluvia que irremediamente choca contra el suelo. Ahora la oreja dejó de ser la oreja que no puede escuchar a otras orejas. Ahora Latenia y la oreja se encuentran acompañadas, arete y oreja, ambas yacen bajo un taburete, unidas por la sangre seca del fino corte de una lámina de zinc.

FIN.





# ¿POR QUÉ NO?

*¿Qué es lo peor que podría pasar?*



Pienso que es importante no tener miedo frente a lo que se puede hacer. Pienso que es importante no tener miedo a lo que puedan decir otras personas. Pienso que es importante perseguir lo que se quiere. Pienso que es importante tener ideas y materializarlas. Pienso que es importante actuar según lo que se piensa. Pienso que es importante actuar de acuerdo con lo que se siente. Pienso que no hay límites para la imaginación. Pienso que se debe encontrar la manera. Pienso que soy finito. Pienso que sería bueno ser recordado. Pienso que es bueno inspirar a otra persona. Pienso que es bueno estar inspirado. Pienso que es bueno sentirse invencible. Pienso que es bueno pensar. Pienso que es importante disfrutar lo que se hace. Pienso que hacer cosas, por ilógicas que sean, si me hacen feliz, cumplen simplemente ese propósito. Pienso que no se necesita nada más que eso.



## VERDE Y RAYAS AMARILLAS

Es sábado en la mañana. El aire es fresco y liviano. Hay una extraña sensación de calma que parece compensar el frenético ambiente que usualmente caracteriza a los cinco días que preceden este momento. Tengo frío y estoy descalzo. Parece que he perdido mis medias. Son verdes y tienen franjas amarillas en la parte de arriba. Las he usado continuamente a lo largo de mi vida. Nunca me las he quitado. Me siento desnudo sin ellas. Es como si me faltara aquello que me aferra al mundo. No hay ruido y hay suficiente silencio para operar coherentemente. Por eso, me detengo y pienso en dónde pude haber dejado mis medias. No recuerdo habérmelas quitado. No recuerdo siquiera haber visto mis pies.

De repente, un zumbido familiar invade mis oídos: es la pantalla del televisor que se ha encendido. No hay ninguna imagen definida dentro del marco negro de plástico, solo hay estática y ruido blanco. No hay nadie frente al aparato. Parece que ha cobrado vida con el único propósito de llamar mi atención. La luz que produce la pantalla es suficiente para hacerme ver que en el borde de la cama, puestas sobre las sábanas blancas, están mis medias. Yacen inmóviles, una junta a la otra, juzgándome y haciéndome sentir ridículo, como si las hubiera decepcionado profundamente, dándome a entender la razón por la cual estoy descalzo, la razón por la cual me han abandonado.

Porque el frío que siento al no tener las medias puestas hace que los dedos de los pies se paralicen, que los músculos dejen de estar en sincronía con mi voluntad y que los huesos lentamente empiecen a disolverse. Es como si me estuviera desvaneciendo, como si estuviera dejando de existir. Y lo sé porque lentamente las imágenes de mi vida

empiezan a pasar frente a mis ojos como una película de cine mudo. Son cuadros monocromáticos acompañados por la cruel balada que propone la estática y el silencio. No hay pausas, solo cuadros que se animan al ritmo que toca un tocadiscos cuando se ha acabado la música; ese sonido repetitivo producido por la aguja que raya el vinilo estriado que gira con desdén y sin razón.

En ese momento, lo empiezo a recordar todo. Lo primero que aparece frente a mis ojos es la figura de Simón. Él yace pacíficamente sobre su cama. Es una cama sencilla de pino. Las vetas oscuras de la base parecen fundirse con las estrías del piso de madera. Las paredes de la habitación son completamente blancas, no hay cuadros que cuelguen de ellas ni entrepaños anclados para sostener libros o juguetes. Es de noche y las ventanas están cubiertas por lonas que se enrollan sobre un eje que cuelga del dintel. La escena es diáfana, casi aséptica, salvo por la pijama roja que Simón lleva puesta.

Lo recuerdo claramente, Simón es un niño de apenas diez años, al igual que yo. Me observa fijamente como si quisiera decirme algo. En ese momento, las razones por las cuales estoy en su habitación no son claras. Es como si hubiese aparecido de la nada y me estuvieran sometiendo a un escrutinio insoportable. Nadie dice nada. Ambos estamos perplejos por la presencia de cada uno. Para los dos es un fenómeno inexplicable, ya que ninguno reconoce quién es el invasor, si él o yo.

Pasados unos segundos, Simón pregunta por mi nombre. Yo respondo alzando mis hombros, insinuando completa ignorancia, a lo que él pregunta de nuevo, esta vez de una manera un tanto ofensiva, diciendo si es que acaso no sé cómo me llamo. Yo, con temor digo:

-Clap.

-Mi nombre es Clap.

Inmediatamente, sobre el rostro de Simón se dibuja una sonrisa

y suelta una carcajada. Y entre suspiros de ahogo a causa de la risa, dice frenéticamente:

-¿Clap?

-¿Quién te ha hecho ese mal? Debes de odiar a tus padres por haberte nombrado de esa manera. ¡La gente se debe de burlar de ti constantemente!

Yo solo lo miro con el ceño fruncido, totalmente enrojecido por los retorcionjes estomacales que su burla provocan. Al ver esto, la risa de Simón empieza a perder intensidad y con el pasar de algunos segundos, se detiene por completo. En ese momento le pregunto:

-¿Quién eres tú?

-Y ¿por qué vives en lo que parece ser la celda de un manicomio?

Él responde, un tanto enfurecido, diciendo que su nombre es Simón. Y que su habitación no es, ni ha sido, ni será utilizada como celda de manicomio. Aclara, de hecho, que la razón para tener las paredes blancas radica en poder proyectar sus pensamientos sobre ellas. Como si fuesen películas o programas de televisión.

-¿Televisión?

-¿Qué es televisión? –pregunto–.

Simón me dice que es una caja pesada de plástico que tiene la capacidad de proyectar imágenes sobre una superficie de vidrio; que es un invento maravilloso que está en todos los lugares que frecuenta, salvo su propia casa. Dice que su padre la odia. Argumenta que todo lo que tiene que ver con la televisión es una pérdida de tiempo, desde los programas sin contenido que muestran repetitivamente la misma historia de amor donde un ser desdichado, pobre y traumatado se enamora de su contraparte y descubre que la vida solo tiene sentido si se pasa junto a quien se ama, pasando por la infinidad de comerciales que de manera compulsiva insinúan la compra de productos y artefactos que en realidad nadie necesita, llegando, por supuesto,



hasta el asunto práctico de extraviar el control remoto.

El padre de Simón ha tomado esto último como la razón fundamental para no tener un televisor en su casa. Se percató de que, durante sus años de soltero, en su apartamento siempre hubo uno y de que aparte de permanecer horas frente a la pantalla, perdía constantemente el control remoto, bien fuese para encender o apagar el aparato. Se dio cuenta de que cada vez que esto sucedía, gastaba cerca de diez minutos buscando entre los cojines del sillón, las repisas de la sala y sus bolsillos, siempre para encontrarlo en lugares inesperados como la cocina o el baño de su habitación.

Al contabilizar el tiempo invertido en la búsqueda por el control remoto del televisor, entendió que, de seguir con esta desafortunada costumbre, gastaría cerca de tres años de su vida buscando bajo cojines, sobre repisas y en sus bolsillos por algo que simplemente lo conduciría a encender un aparato que lo condenaría a pasar otros tantos años apoltronado frente a una superficie de vidrio luminoso.

Así que al casarse tomó como determinación jamás comprar un televisor. Que pintaría el techo y las paredes de su casa de blanco para que él, su esposa y sus hijos pudieran dibujar, escribir e imaginar sobre ellas todo aquello que desearan. Que el tiempo invertido en entretenimiento no dependería de un dispositivo para encenderlo, sino que sería constante.

Es por eso que Simón y yo nos encontrábamos en aquella habitación de paredes blancas y piso de madera. Él me estaba imaginando. Al parecer había saltado de uno de esos muros para materializarme en un niño de diez años que vestía una pantaloneta dorada, una camiseta verde y unas medias largas del mismo color que, en la parte de arriba, dibujaban dos franjas que combinaban perfectamente con el atuendo.



Laura, quien nos hizo perder la cordura y el instinto de preservación porque era perfecta: la mezcla exacta entre lo que cautiva a un hombre y lo que lo hace querer ser aquel que escriba epopeyas.

Pero lo más memorable sucedió cuando la vimos pasar. Ambos, simplemente perplejos, mirando atónitos al vacío de un cuarto donde se estaban exponiendo trozos de muros blancos que habíamos pintado y titulado cada uno, como una memoria o un sueño. Su nombre, Antonia. Se leía claramente en el bordado del chaleco que vestía como parte del uniforme de la empresa que organizaba el evento. Servía vino tinto, y cuando no lo hacía se detenía por varios minutos a mirar cada una de las piezas. Parecía como si estuviese leyendo un texto antiguo que quisiera descifrar.

Y fue en una de esas pausas en que aprovechamos la coyuntura y le hablamos por primera vez. Simón, siempre muy serio y contundente, hablaba elocuentemente de arte, el mundo y la vida en general. Esto, condujo a saber que Antonia, al igual que nosotros, era una artista, que disfrutaba leer libros cortos y perderse en pensamientos que no conducían a nada, una especie de consternación recreativa. Mientras tanto, yo, como ser invisible, imperceptible y producto de la imaginación de Simón, a duras penas podía musitar una palabra. Miraba embobado y profundamente cautivo por la belleza de esta mujer, pensando únicamente en la manera en que su imagen podía llegar a estar plasmada sobre una superficie blanca. Una que con Simón pintaríamos.

Pero a partir de ese momento, algo que nunca antes había ocurrido sucedió. Los pensamientos de Simón y los míos no eran los mismos. Él pensaba constantemente en Antonia: en su piel, en su figura, en sus labios, en las palabras que pronunciaba y sobre todo, en estar con ella. Yo, por otro lado, pensaba únicamente en una superficie blanca. Una que quería pintar y titular como un sueño o un recuerdo.

Y aunque en repetidas ocasiones lo intentaba, no conseguía dar color al pálido desierto que se posaba constantemente frente a mí.

Dejé de acompañar a Simón. Me quedaba solo en casa, mirando fijamente uno de los muros de su habitación. Trataba incesantemente de tomar alguno de los pinceles que descansaban sobre el escritorio, llenarlo de pintura y estrellarlo con firmeza contra el muro, pero era imposible. Yo carecía de la materia de la cual las cosas que no son imaginarias están constituidas. Entendí que esa condición hacía de mí algo efímero, algo que existía únicamente porque alguien me había imaginado y lo seguía haciendo.

Fue por eso que tomé la determinación de no desaparecer, de mirar constantemente las paredes blancas de la habitación de Simón, pensando en él, recordándome e imaginándome. Porque me di cuenta de que si Simón pensaba constantemente en Antonia, la situación haría que yo irremediabilmente desapareciera. Cambiaría mi imagen por la de ella, al igual que el sonido de mi voz y sobre todo, mi compañía.

Desde ese momento, todas las paredes blancas se llenaron de escenas donde observaba que yo acompañaba a Simón y a Antonia mientras caminaban juntos, cogidos de la mano, dándose besos y hablando de cómo no podían concebir el mundo el uno sin el otro. Eran escenas que, debo admitir, se acercaban peligrosamente a la cursilería, pero resultaban ser realmente emocionantes y coloridas.

Nunca sabré si lo que imaginaba era cierto o si en algún grado sucedía en realidad, pero en la habitación en la cual permanecía, las superficies diáfanas de ladrillo y cemento se transformaban en creaciones fantásticas de música y color.

Fueron meses emocionantes durante los cuales nunca dejé de imaginarme a Simón imaginándome. Pero, como todo, esos momentos llegaron a su fin. De manera abrupta las paredes dejaron de estar en blanco y se llenaron de ruido. El desagradable sonido que

producían las revistas y los libros puestos sobre repisas, las pinturas de niños pequeños y bodegones y sobre todo, el televisor que colgaba como un cuadro sobre la pared de la habitación.

No había sido idea de Simón: Antonia había traído consigo todas estas cosas. Ella aparentemente carecía de la imaginación suficiente como para contemplar el blanco y no precisar de un televisor, pinturas o libros que imaginaran por ella.

Pronto, imaginar sobre las paredes blancas se hizo realmente difícil, especialmente porque Simón y Antonia permanecían horas abrazados sobre un sillón, viendo televisión. Era casi imposible imaginar a Simón haciendo cualquier otra cosa. Era tan frustrante, que en las imágenes que lograba dibujar sobre alguna de las superficies blancas que permanecían libres, aparecían, en lugar de mi recuerdo o el de Simón, personajes de telenovelas y productos publicitados en comerciales.

Llegó a tal punto que dejé de imaginar, dejé de pintar sobre las paredes. Lo único que veía era la proyección sobre la pantalla de vidrio definida por el marco de plástico negro. Es por eso que he perdido mis medias. Es por eso que hoy siento que los dedos de los pies se entumescen, que mis huesos tienden a desvanecerse y que en realidad lo que sucede es que estoy desapareciendo.

Lo sé porque ya no puedo imaginar a Simón o a Antonia. Apenas puedo reconocerlos. Lo sé porque veo a Simón entrando a la habitación. Lo veo quedarse inmóvil. Observa fijamente las medias verdes con franjas amarillas que hay sobre la cama. En su rostro se dibuja una sonrisa que se enreda con un gesto melancólico. Las toma, las acerca a su rostro, las huele y las echa desprevenidamente al cesto de la ropa sucia.

FIN

